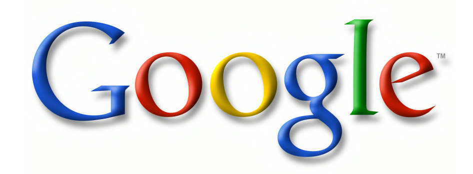
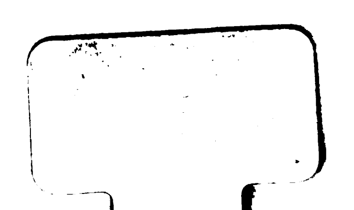
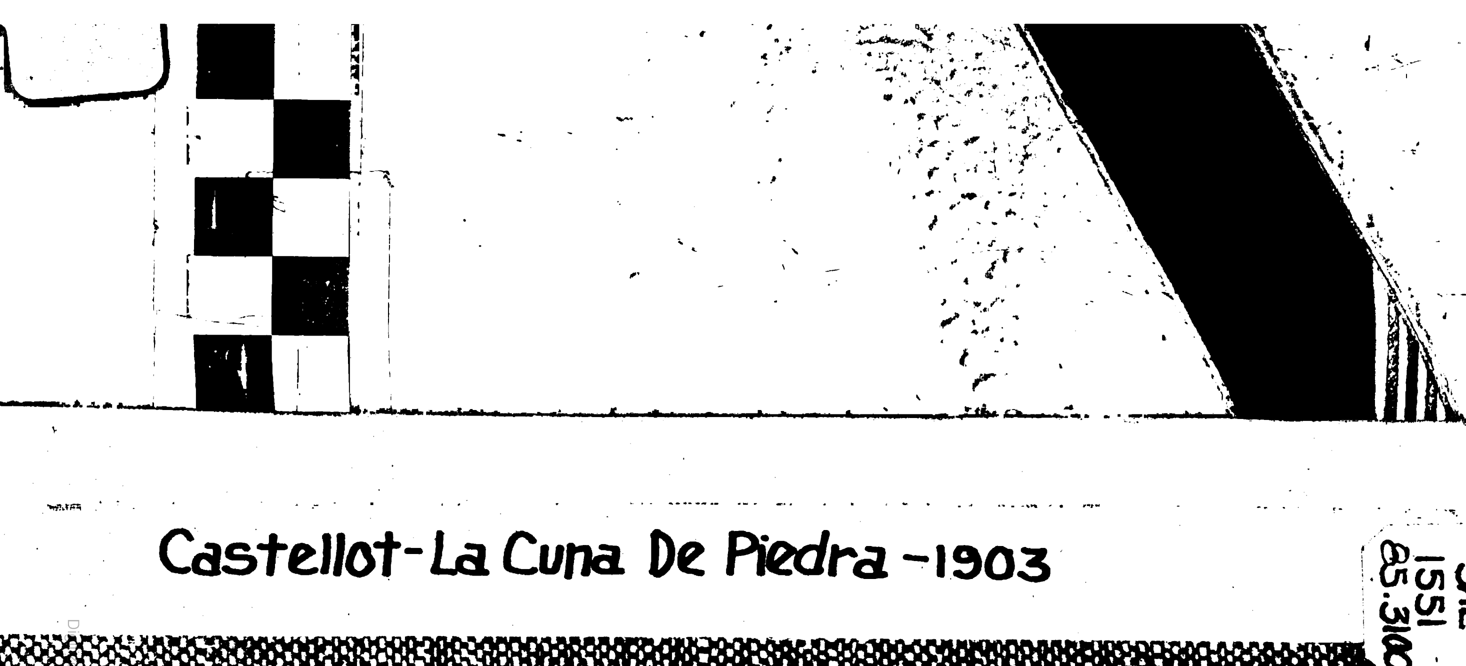






Castellot-La Cuna De Piedra-1903



LA CUNA DE PIEDRA.



José Felipe Castellot.



TIP. EL FENIX

CAMPECHE.

DEDICATORIA.

QUERIDO HERMANO JOSE:

Cuanto más me persuado de las miserias sociales, más orgulloso y avaro me vuelvo con tu afecto, el cual me ha proporcionado fecundísimas lecciones.

Tu vida es un buen ejemplar al que sin duda más de una vez ocurriré para aleccionarme con sus dolorosas experiencias. Y ¡ojalá! consiga ser tan bondadoso ó tan resignado como tú, para responder generosamente á la ingratitud ó la infamia.

Incontables son los beneficios que de tí he recibido y al sentir la infinita satisfacción de confesarlo, te ofrezco este libro que sé que has de querer, no por lo que literariamente significa, sino por el cariño con que te lo dedico.

1903. José Felipe Castellot.

La Cuna de Piedra.

I.

ERA una noche triunfal.

El cielo semejaba una ánfora invertida con incrustaciones de diamantes.

La brisa ondulaba como suave y deshecha cabellera de una vírgen dejando perfumes á su paso.

Los tallos florecidos oscilaban como aromosos incensarios en los altares de la noche.

Las penumbras hablaban de amor, las sombras guardaban sus secretos.

Hay momentos en que la Naturaleza amorosa y exhuberante, es un reto á todos los dolores, á todos los odios, é invita y predispone al alma á todas las purezas, á todos los inefables sentimientos.

El espíritu y el espacio son dos inmensidades que se compenetran . . . .

Los plateados rayos de la luna bruñían la rugosa piel de un monstruo de piedra: era el templo y la mansión del adivino que en la mitad de la noche iba á orar y al despuntar el alba descifraba los misterios más hondos. Era un delegado de los dioses, sus palabras eran sentencias, se le respetaba y temía.

El augur, con actitud solemne, llegó colocándose frente á un ángulo del sagrado edificio; de pié y con las manos levantadas entonó una especie de salmo en extraño idioma; con las miradas fijas en el cielo parecía que hablaba con los astros, y que ellos temblaban con los misterios de su canto.

A las engañosas fosforecencias de la superstición dirige la ignorancia atónitas miradas, y cuando ésta impone sus terrores, la soledad es una de las más eficaces cómplices del miedo.

Todo imponía respeto; el desacorde amontonamiento de los ruidos de la noche, cual si fuera una queja suprema é incoherente de la Naturaleza adolorida; la claridad de la luna, inmensa, asombrada pupila, acechando curiosa todos los abismos del espacio; la sombra miedosa y provocando el miedo huia cambiando á lo lejos las formas y los contornos.

Era el momento de los contrastes y de las alucinaciones. . . . .

. . . .

. . . .

El sacerdote oraba.

El choque del viento en una rama próxima le produjo la impresión de un suspiro prolongado; volvió la cara un momento y continuó orando.

Hay emociones que son para nuestra alma, como las chispas provocadoras de un incendio, en el que inesperado detalle aviva las llamaradas del recuerdo.

Es que el alma es una lira en la que la existencia ata sus cuerdas más ó menos sensibles, y el recuerdo ó las emociones del exterior son como las manos tímidas ó delirantes que vienen á despertar las vibraciones adormecidas . . . .

La oración viaja única y sola y no puede volar, cuando sobre sus alas se posa cualquier emoción extraña; entonces se detiene, se convence ó niega, y hasta tanto no logra emprender nuevamente su marcha.

El augur se incorporó; pasóse las manos por la frente, que abrillantada por la luna, fingía un modelo de bronce; se detuvo un momento y calzándose una especie de sandalias subió las dos gradas que conducían al templo, aun cerrado.

La puerta rechinó al abrirse; y antes que el sacerdote la luna llegó al altar, más aquel despidió á la intrusa ó curiosa cerrando nuevamente y se quedó en la sombra.

II.

SOBRE de una inmensa piedra plana y cuadrada, se destacaban en sus ángulos columnas cónicas, esbeltas; en el centro de ella se elevaba una pirámide cuya cúspide era iluminada por los primeros rayos del sol, que á la hora de hachhatzcab* se filtraban como menudas saetas de oro por una grieta del muro.

En la pirámide había unos geroglíficos, buhos que acechan con sus enigmas en las grietas del pasado; y en las oquedades de las paredes se acurrucaban los buhos, geroglíficos de la sombra.

Una série de gradas servía para depositar las ofrendas, pedazos de oro, vasos labrados, adornos, flechas y cráneos, trofeos de la fortuna, del arte, del éxito, de la juventud y de la muerte.

. . . .

. . . .

La puerta al abrirse dejaba ver dos arcos divididos por una columna, y la multitud entraba por uno de ellos en el momento de la ceremonia, giraba al derredor de la piedra saliendo por el otro arco y luego se retiraba ó volvía á entrar.

Ese día era solemne. El penúltimo fijado para aspirar al trono, ofrecido por aquel pueblo de va-

* Nombre conque los antiguos mayas denominaban la salida del sol.

lientes al que descifrase el misterio más profundo del templo.

Las ambiciones hervían; hombres y mujeres soñaban en el triunfo.

El templo era una ovación Allí el fervor, ese callado estruendo de las almas por un fanatismo, abría sus alas como paloma que divisa el nido. Hay silencios que aislan de la vida y que conducen al infinito: la plegaria.

El edificio hacía un año que había sido construído por Yatan, guerrero y sacerdote, adonde un pueblo sugestionado acudía trayendo todas sus primicias de valer sin ningún albedrío, como el desbordado torrente por los flancos de una montaña.

Un golpe dado á una lámina de metal, anunció la llegada de unos nobles que se colocaron de pié junto á la piedra, lugar de honor.

Cerca de allí, una hermosa mujer, Xthul, con la frente inclinada, lloraba.

¿Aquellas lágrimas eran rocío para los vergeles de la plegaria ó diamantes del dolor que abrían hondos surcos en los cristales de su alma?

¿Era aquello éxtasis ó sufrimiento? . . . Nadie lo sabía.

Despues de que hubo vibrado la lámina, una música, eminentemente onomatopéyica se mezclaba á un raro cantar, conjunto de queja y de alarido.

Un nuevo golpe hizo callar las exóticas armonías y Yatan se incorporó sobre la piedra; los bra-

zos y las piernas descubiertas mostraban una vigorosa musculatura; sus bisceps semejaban curvas de peñascos con elasticidades de rama. En la frente tenía un cincho de oro, unos aros de plata quemada en las orejas, pulseras de distintos metales en los brazos y unas anchas fajas de oro bruñido en el nacimiento de los pies.

La multitud esperaba silenciosa, con tal recogimiento, que un suspiro tan solo hubiera parecido una explosión.

Yatan levantó las manos y estuvo callado unos segundos, después, asi dijo á la muchedumbre:

Pueblo mío: ha llegado el momento de aspirar al trono.

¿Quien de vosotros, posee la clave del misterio más hondo de mi templo? . . . . Y esta frase la repetía cada vez con emoción profunda.

Xthul levantó la cara, miró al sacerdote y lacrimosa volvió á apoyar la frente sobre el suelo.

¡Apenas si la losa fría del templo podía soportar el peso de sus recuerdos!

Yatan sabía que su fallo era inapelable, que el trono sería para su elegido y que el pueblo no se atrevería á discutir su fallo; tal era la confianza que tenía en el dominio con que subyugaba á los demás: era foco.

A veces el cuerpo múltiple y armónico de la colectividad se agita influenciado por una sola voluntad que en él se refleja como fuerza directriz.

Agrupaciones movidas por una sola alma que sugestiona sus virtudes y sus errores.

Yatan había sido hasta ese momento infalible y vencedor . . . .

El error y la superstición son bloques y la verdad ante ellos apenas si es gota; pero en el fondo de esa gota palpita el alma de Dios, perseverante y eterna y asi la gota en su labor incesante horada la roca más profunda y en la oquedad que llega hasta la sima penetra el rayo de luz, la verdad.

¿Y esa verdad quién se exponía á decirla?

No es fácil atreverse á luchar ireflexivamente con el odio salvaje de la ignorancia de un pueblo y para éste Yatan era indiscutible.

Lo había subyugado con los espejismos alucinantes de su imaginación y uncía las voluntades al carro de sus embustes y misterios, con las recias ligaduras del fanatismo y el miedo.

. . . .

Después de haber hablado de esa manera, se acercó á la pirámide para leer una frase sagrada é inclinó la frente como sumido en una profunda meditación.

De pronto del corazón de la multitud, surgió un murmullo creciente como de olas que se agitan; Camal abriéndose paso fué á colocarse frente á la piedra y viendo cara á cara al sacerdote, le dijo con noble arrogancia:

—Yo revelaré el secreto. Y después en voz baja: Serás apedreado; no vales más que el hijo de

Mayapan y mucho menos que la súplica de todo un pueblo.

El sacerdote palideció profundamente; pero supo contenerse.

Era en ese instante una ola negra de culpa que coronaba brillante espuma de cinismo.

Hizo, lo que no todos saben hacer en el momento supremo del conflicto, reir serenamente y con hipócrita tranquilidad, con esa difícil apariencia aprendida á costa de muchas lágrimas agenas y de muchas calladas infamias.

Y mientras en los labios del augur, aleteaba una sonrisa de sarcasmo, de los ojos de Xthul rodaron dos lágrimas de amargura.

Yatan miró á la multitud como viera un tirano las fieras de su circo; Camal contemplaba la piedra sobre la cual se erguía Yatan, como el último peldaño por el que debía descender el tirano de su pueblo y de sus esperanzas.

Las miradas de Camal y Xthul fueron dos rápidas culebras que se enroscaron, una de indignación, la otra de verguenza.

La rebeldía del joven produjo una especie de vértigo, el vértigo de la cima antes de estallar el volcán.

¿Quién era aquel audaz, para atreverse á retar los inviolados misterios del profeta?

....

III.

CAMAL habíase dejado llevar por los arrebatos de su caracter al sorprender con rara clarividencia las miradas de Yatan á Xthul. Esas miradas sugestionadoras que al fundir una voluntad arrebatan una alma; esas miradas que no son deseo, amor, interés, ni siquiera simpatía; pero que habíanle producido la emoción que siente quien acecha un abismo ó quien contempla un problema cuya solución ni sospecha ni conoce; en ellos había algo de ignorado, mezcla de malicia y de triunfo.

Camal era un valiente y sin embargo sintió que sus energías vacilaban y en todo su cuerpo algo así como la agitación de una cuerda tensa.

Hay secretos que se revelan por pequeñas circunstancias, en las que una mirada, una sonrisa, un gesto, son elocuentes delaciones de lo ignorado; amplísimas confesiones en una sola actitud que analiza nuestra desconfianza y que confirma un descuido recogido por sorpresa.

Camal luchaba desesperadamente en un océano de dudas.

La cólera se apoderó de su corazón; pero tuvo calma.

Contraía las manos como fiera que mira próxima, pero inaccesible la víctima.

¡No! . . . . ¡No era posible que lo hubieran engañado!

¡Cuanto sabía era verdad!

Un momento había bastado para transformarlo, como basta una sola lluvia para transformar una semilla mucho tiempo aletargada en el seno de la tierra.

El amor es aurora y el odio es noche; la fatalidad es á veces el crepúsculo que los confunde y ay! . . . . ese crepúsculo había llegado.

Yatan como si no diera importancia á tal osadía, había vuelto la espalda con indiferencia.

Camal se aproximó á Xthul y la habló con irónica y amarga sonrisa:—Tú me ayudarás á descifrar el enigma; y ágil y rápido saltó sobre la piedra, y dando un golpe en el hombro de Yatan, quien se contrajo nerviosamente, como hijar de fiera acosada, le dijo: ¿Cuándo quieres que revele el secreto?

Había en el tono del joven tal firmeza, tal convencimiento, que hizo vacilar la audacia y la serenidad del sacerdote.

Sin embargo, la fría y sarcástica sonrisa que se retorció en los labios del profeta era la más perfecta semblanza de las máscaras de hielo, con las cuales los volcanes esconden las histéricas convulsiones de su lava.

Despues de quemar con una mirada todo el cuerpo de Camal le respondió sosegadamente:

—Tienes un mes de plazo, si te parece corto, elígelo tú y fija el día.

Camal le respondió:—Te dejo en libertad de reducir el término.

Yatan alzó el tono:——Joven temerario, aun cuando nada debiera disculparte, tus pocos años mueven mi conmiseración; medita en calma y sírvate el corto plazo que has fijado, no para revelar los enigmas, que para ello necesitarías más de una vida, sino para arrepentirte de tu irreflexión y osadía.

Camal sin contenerse y viéndolo cara á cara le dijo:—Pues no suplico perdón y te obligaré á pedírmelo ¡impostor!

El augur no pudo explicarse lo que sucedía. ¿Qué oculto poder desmoronaba su prestigio?

¿Qué oculta mina demolía el edificio de su poder y su grandeza? ¿Qué abismo había forjado en sus entrañas á aquel joven amenazador?

La multitud, estupefacta, había escuchado aquel desafío y como no podía comprender, cómo era posible que existiese quien se atreviera no ya á retar, sino á dudar solamente, comenzó á ver en Camal un iluso sin respetos y el coraje comenzó á tomar impulso.

Hubo quien faltando al recogimiento que la solemnidad imponía gritara:—¡Fuera! ¡que lo arrojen! ¡se calla ó lo apedreamos!

Yatan con hipócrita crueldad se irguió sobre la piedra y dijo:—Hijos mios, habeis escuchado

la irrespetuosa temeridad de este jóven, yo lo perdono; más vosotros, si asi lo quereis, quedais en libertad de castigarlo.

La jauria estaba vehemente y la presa deseada se les acababa de ofrecer.

Se arrojaron sobre Camal; pero Xthul rápidamente saltó sobre la piedra dirigiéndose á Yatan;—Señor; Le habeis concedido un mes de plazo; yo os ruego que espereis, que no se crea que por miedo lo entregais á la venganza de vuestros fieles.

El la miró fijamente y sin responder, con un nuevo golpe dado á la lámina de metal y un movimiento de la mano, suspendió la orden.

Camal, que había sido arrojado al suelo, al verse libre se incorporó, sonriendo como víctima de una broma.

El augur hábil en el conocimiento de los hombres, en ese momento hubiera deseado que fuese su amigo.

Xthul no sabía que partido tomar.

Camal volviéndose al sacerdote exclamó:—Seré cumplido; y se alejó del templo. Pocos momentos después la ceremonia concluía. Retiráronse.

IV.

YATAN habíase quedado solo, en un estado de ánimo inexplicable.

Es que cualquiera sombra de la conciencia el temor más injustificado la agranda, y cualquier circunstancia sin momentánea explicación ó que se resiste á enseñar la verdad hasta el detalle, despierta dudas cruelísimas, tanto más atormentadoras cuanto más incognitos son los motivos que las provocan.

Jamás los peligros habían desviado su entereza, nunca el conflicto estrechó su voluntad ni sus resoluciones, en sus propósitos no se había detenido ni retrocedido nunca.

Estaba alfombrado su camino de triunfos y no era lógico pensar que el porvenir le reservara entre sus pliegues un desastre, pero él no se daba cuenta del porqué vacilaba y temía.

Y analizando rápidamente el pasado, pensó:—Ese jóven es un loco; lo que dice es imposible, ¡es imposible! . . . . .

Por primera vez sintió miedo de quedarse solo en el templo.

Los remordimientos como acerados reptiles se le enmarañaban al corazón y se lo oprimían . .

V.

SUL, el último monarca, había decretado que el trono permaneciese vacante; puesto que los augures le habían predicho que sobre

su hijo Camal pesarían enormes desgracias futuras, mientras no se pusiera en claro el secreto del templo, hecho conocido por el monarca; puesto que Yatan se lo había revelado.

El anciano rey, conocedor del tamaño de las resoluciones del augur, justamente temía perder á su hijo entregándole el mando á su muerte, puesto que por entonces era muy joven; y viendo próximo el término de su vida quiso escudar á Camal de las asechanzas y traiciones de un rival astuto y cruel.

ɔul quiso escudar á su hijo recomendándole consultara á Chilamaal, su viejo consejero, hombre precavido, prudente y discreto; ordenándole pidiera á éste lecciones en todos los trances difíciles de su vida que en manera alguna pudieran afectar su bienestar futuro.

Era el momento y Chilamaal estaba interesado en que Camal subiera al trono; pues además del cariño que le profesaba, sentía orgullo por la influencia que ejercía en aquel espíritu prometedor de grandezas para el porvenir.

Y aun cuando el pueblo era sabedor de que el trono correspondía al heredero de ɔul, Yatan hábilmente había conseguido que tales derechos se olvidasen por las alucinaciones de un misterio.

Mas á medida de que el tiempo pasaba, las desconfianzas comenzaron á fermentar y las palabras de Yatan, que antes se escucharan con

profética resonancia, eran oidas sin miedo desde que el joven se atrevió á retar al sacerdote.

Camal por su parte no había cesado desde aquel momento de procurar sigilosamente su triunfo.

Este y Chilamaal, desde el alba se retiraban á un lugar apartado del bosque, en donde conferenciaban con los individuos por ellos citados.

El día solemne, el de la cita, se aproximaba.

Se habían hecho grandes preparativos.

La curiosidad popular se agitaba con síntomas de locura.

Los pueblos tienen latentes sus neurosis sublimes ó execrables, las cuales el más ilógico motivo las hace estallar.

La oculta lava de un volcán puede precipitar su desbordamiento por el choque de una ala gigantesca que se conmueva en la cima.

Tal ocurría.

Y el criterio de las multitudes podrá envilecerse ó desviarse momentáneamente; pero á la postre como Fenix social, se yergue recuperando sus fuerzas y entonces llega el instante del apoteosis y del castigo.

Yatan no podía ocultar su nerviosidad; Camal tenía siempre la serenidad de un convencido.

El choque sería funesto.

¿La nube se desharía en iris ó en tormenta?

VI.

DESDE el día anterior al prefijado para la entrevista en el templo, las gentes, como era costumbre en los festivales solemnes, habían acudido trayendo flores, esencias y pebeteros de barro lujosamente adornados, para quemar resinas aromosas.

Cada quien contribuía con sus ofrendas para calmar el coraje de los dioses y predisponerlos á una magnanimidad solicitada con obsequios.

Hay momentos en los cuales parece que la Naturaleza se pone de acuerdo con el general entusiasmo, y le brinda sus donosuras, ó que satisfecha de la agena felicidad se goza en reflejarla.

La aurora esplendía como una magnífica flor de pétalos de oro y púrpura.

Sobre los paredones del templo colgaban como aureas túnicas, láminas de sol cortadas á trechos por las sombras que bajaban de las molduras.

Las mañanas así son como arranques de inspiración, brotes de una deleitosa y sugestionadora poesía con los cuales la creación se engalana; por los que se oye el himno de lo bello alzándose del seno de la tierra, histérica por lo grande, que enamorada y fecunda palpita á los besos ardorosos y juveniles del astro rey.

Eran las seis de la mañana.

Una inmensa y anhelante multitud rodeaba el sagrado edificio.

Pocos minutos después Yatan subía la escalinata, abriéndose el templo.

Las gradas de la piedra sobre la cual oficiaba el sacerdote, quedaron completamente cubiertas de ofrendas y la atmósfera impregnada de aromas.

Se distinguía el abejear de un murmullo inusitado en las solemnidades; la voz, encogiendo el tono por la desconfianza, aun á corta distancia del lugar en que era vertida semejaba un suspiro prolongado.

Un golpe dado sobre la lámina anunció el principio de la ceremonia.

Se hizo silencio.

Yatan volviose á la muchedumbre; parecía tranquilo.

Hay rostros que son Esfinges. Solamente en sus párpados se notaban arcos oscuros, como si el dolor ó la preocupación hubieran rozado con sus negras alas aquellos ojos abiertos por dolorosa vigilia, ó como si una angustia constantemente despierta, se manifestase en la penumbra, acurrucada junto á la claridad de la pupila adolorida.

Con acento tranquilo exclamó:—Ha llegado el momento y conjuro á los dioses para que presten su auxilio al buen Camal. Y dirigió una mirada escudriñadora hacia toda la concurrencia, entre

la que buscaba al joven; pero al convencerse de que no estaba presente, se creyó dueño del triunfo, concibiendo el proyecto de librarse de aquel enemigo que por inexplicables razones, presentía que fuese para sus designios una constante amenaza.

La oportunidad no podía ser más propicia.

Las muchedumbres no entienden de términos medios y cuando en cualquier sentido se las excita preparan triunfos ó desastres.

Es que lo que masa social se llama, es casi siempre inconsciente; pero á la postre temible como la guija que de tal pasa á montaña, y la que en su prístina forma hubiera sido lanzada en la débil honda de un niño, es después, con las túnicas superpuestas por los siglos, capaz de resistir la ira implacable de las tempestades.

Y para un pueblo ignorante, una curiosidad no satísfecha ó una esperanza defraudada en sus fanatismos, que es el alma de su vida, son motivos de sobra, para abrir un abismo á lo que como audacia se juzga por más que sea verdad incontrovertible.

Yatan muy bien sabía cuales eran las fibras sensibles del corazón de aquel pueblo y en qué forma y momento debía hacerlas vibrar.

Preparóse para el ataque decisivo, resuelto á no cejar, desde la súplica hasta el crimen.

En aquellas circunstancias cualquiera vacilación hubiera sido una sentencia terrible, y aun

cuando estaba acostumbrado á todo género de luchas, no se daba cuenta del por qué sospechaba que debajo de sus plantas se abría un abismo al que rodarían empujadas por oculta fatalidad sus pretéritas culpas.

A pesar de sus temores confiaba en que Camal sería vencido.

El destino es á las veces cómplice de esa infundada pero tranquilizadora vanidad, que nos hace pensar y creer que nuestras fuerzas son las preindicadas para la victoria, aproximando á nuestro deseo los más remotos horizontes de triunfo.

Yatan quizá por única vez recordó con alegría, que los testigos del secreto habían perecido envenenados por él, y que de sus muertes estaba seguro de que el pueblo vivía complacido.

A éste le había explicado satisfactoriamente la necesidad que hubo de hacerlas, puesto que los dioses reclamaban esas vidas como tributo en pago de la futura felicidad de los demás.

En otra oportunidad les había dicho: que recordaran con cuanta munificencia habían sido tratados por los manes tutelares permitiéndoles fáciles y abundosas cosechas, con espléndidos soles y lluvias oportunas; dándoles oro nativo y piedras preciosas para sus joyeles y agregó: que hacía mucho tiempo que las pestes y las plagas como alimañas espantadas se guarecían en remotos cubiles. Y terminó su vehemente alocución, exhortándolos á no consentir que los dioses se irritaran

con ridículas amenazas, puesto que el hecho de consentirlas suponía complicidad. Luego refiriéndose derechamente á Camal;—Que él se sentía inclinado á perdonarlo; pero que no le era dado saber hasta que punto su perdón excitaría la ira divina, y que se acongojaba porque en ese momento no podía hacer caso de sus humanitarios impulsos, sino que como delegado de los dioses debía ordenar el castigo á quien se atreviese á faltarles.

Después á la multitud formuló estas preguntas:

—¿Os haceis responsables del perdón que conceda á ese joven?

—¿Resistireis por él la furia y venganza de los cielos? . . . .

Callóse; y levantando los ojos simuló con el movimiento de los labios el temblor de una oración.

Derepente se oyó un grito—¡Que muera!

En seguida otra voz:—¡Ordena el castigo que debemos imponerle, es decir, qué clase de muerte le debemos dar!

Aquella sentencia se había propagado con clara muestra de simpática aquiescencia entre los concurrentes, quienes al unísono gritaban:

—¡Que muera! ¡Que muera el culpable!!!

Yatan tembló de alegría.

Eran el crimen y el éxito inoculados á la salvaje credulidad de aquella gente como el único medio de salvarse de futuros peligros.

Xthul que hasta ese momento no había sido vista por la concurencia, penetrada de la inmensidad dei próximo peligro para su bien amado, como empujada por oculto mandato se puso de pie y dirijió la mirada á todas partes; buscaba á Camal, que sin duda, estaba irremisiblemente perdido.

¿Quién podría contener á aquella muchedumbre sugestionada y pasional? . . . .

. . . .

Si la ceremonia concluía y el joven no llegaba á cumplir sus ofrecimientos sería imposible refrenar el ímpetu de aquellas fieras azuzadas contra la presa.

Todos los concurrentes, y sobre todo Yatan, se dieron cuenta del sobresalto, no disimulado por la joven, que contra toda costumbre se dirigía hacia la puerta.

Cerca de ella se detuvo. Camal y Chilamaal estaban en el pórtico.

Al ver Chilamaal á Xthul dirigiose á Camal:

—¿Quieres todavía á esa joven?

—Más que á los Dioses.

—Y qué prefieres, ¿el trono ó la felicidad?

—Primero el trono, la felicidad yo sabré proporcionármela.

—¿No tendrás que arrepentirte de lo que dices?

—Seré el culpable.

—Entonces entremos. Estoy tranquilo; pues

ya te hice la última pregunta que me era necesaria.

Ahora bien, sé valeroso; yo haré que el trono sea tuyo, pero su peso te va á aplastar el corazón como á un capullo de la selva un formidable mazo de oro.

Camal sonrió; el próximo horizonte de la felicidad prometida le hizo despreciar el infinito que se ocultaba en las palabras del viejo consejero de su padre, á quien volviéndose dijo:—Entremos, no debo hacerme esperar.

Chilamaal sin responder avanzó dentro del templo.

Todos se volvieron á mirarlos.

Camal era bello, tipo eminentemente varonil; amplia y tersa la frente, con esa amplia y magnífica tersura de los cielos serenos; ojos negros y brillantes como si en el fondo de ellos brillase el alma del abismo; cabellera suelta, negra y brillante también, como ala de tempestad; boca pequeña, desdeñosa, con una dentadura blanquísima y [illegible] como el maíz tierno, y broncinea musculatura trabajada en las fraguas de los heroes.

Contrastaba con el tipo de Chilamaal, alto, enjuto, de ojos hundidos y pequeños; pero ágiles y brilladores como chispas sacudidas en las entrañas de un volcán.

Tenía talento, discreción y valor. Serían in-

vencibles; Chilamaal era la fortaleza, Camal sería la bandera de triunfo.

La concurrencia los veía con asombro.

Yatan estaba de espaldas en ese momento; la ceremonia concluía; mas al volverse sus miradas se encontraron con las de Camal, que chocaron como dos puñales y no pudo disimular su impresión.

Al ver la multitud al joven en el templo, fué motivo para que los ánimos de cierto modo se predispusieran á su favor.

¿Pues cómo se habría atrevido á retar al sacerdote sin tener razones poderosas para hacerlo?

El augur se estremeció visiblemente; después inmóvil, con la mirada fija en los que se acercaban, esperó un momento pensando en un recurso supremo.

Al estar próximos Chilamaal y Camal á la piedra, Yatan hizo vibrar la lámina de metal imponiendo silencio. Detuvo á los que llegaban con una señal, y así habló con tono afectado:

—Pueblo valiente: Ya que eres, hasta este momento, adorado por los dioses, gracias á mis súplicas y sacrificios, espero que en tu conducta no habrá nada que pueda despertar en las divinidades un sentimiento de enojo en contra tuya; pero ellos exigen que no se prolonguen por más tiempo las faltas que contra su poder se cometen . . . .

Eres libre, dejo á tu arbitrio el castigo que quieras imponer.

Se iba á repetir contra Camal la misma escena de lucha que ocurrió en el templo en la ceremonia anterior; pero Xthul no se contuvo y nerviosa saltó á la piedra é increpó al sacerdote con estas enérgicas frases:

—Suspendes la orden ó yo seré quien te delate.

Lo que intentas hacer, es una cobardía, que estoy resuelta á no consentir á costa de mi vida.

La muchedumbre estaba sorprendida; Yatan se acobardó un momento y suspendió la orden.

Camal vió con ternura á la joven y momentáneamente se cerraron en su alma los zarpazos de la duda.

En aquel instante un estraño grupo acercábase al templo.

La vacilación de Yatan había lastimado á todos.

Este despues de una pausa, como quien desea que la agonía no se prolongue exclamó:—Ya es tiempo de que cumplas lo que ofreciste.

Camal serenamente respondió lo que Chilamaal le había aconsejado:—Siendo como eres el ladrón de mis derechos, no te haré tal honor.

He venido á recuperar lo mío y á castigarte; Chilamaal mi consejero hablará por mí.

Al oir Yatan el nombre de Chilamaal y reconocer al astuto consejero de Qul, no pudo menos

que temblar, y sin que pudiese evitarlo ostentó su aturdimiento.

Todo el mundo se daba cuenta clarísima de su situación moral. Apenas si se pudo oir estas palabras;—Sea, concluyámos.

La presencia de Chilamaal en el templo era un acontecimiento. Por primera vez asistía; y á pesar de esa indiferencia, el augur jamás reprochó su conducta, por el contrario se complacía en tenerle siempre lejos.

Reconocía el alto prestigio que gozaba el consejero por la severidad de sus costumbres, la honorabilidad de su conducta, y la invariable firmeza de sus determinaciones.

La presencia de aquel hombre en el templo constituía un funesto vaticinio.

Chilamaal jamás hizo redes para sorprender incautos, las mallas de las que elaboraba eran invencibles y, ¡ay, del momento en que las tendía!

El pueblo era de Yatan por fanatismo y por miedo y de Chilamaal por reconocimiento y por cariño.

Yatan era reservado y egoista; Chilamaal, cariñoso y munificente.

Aquel era emblema del misterio, éste de la sinceridad. Eran dos potencias y contrastes.

Antes de que el sacerdote volviese de su estupor, Chilamaal había llegado junto á la piedra.

llamando desde allí al grupo que se había detenido á la entrada; después dirigióse á Yatan:

—Ni envidias ni traiciones han movido jamás mis actos, ni tolero ni cometo injusticias.

Jamás me arrojo á las corrientes si no cuento con un punto de apoyo para asirme, ni me sustenta una rama de cuya resistencia no estoy seguro si la tempestad se desata.

¡Que muchas veces una rama débil, pero sin movimiento, puede sostenerte y una rama robusta si se agita, al más ligero peso se desgaja!

Yatan recogió sus energías y se irguió respondiéndole irónicamente:—Se luz, agua, aire; pero que á través de tus rayos, de tus ondas, de tus giros, se transparente lo que circundas, se distinga claramente lo que abrases.

—No hablaré mucho, replicó sosegadamente el consejero, mis recuerdos saben menos que algunas cortezas de árbol, pronto estarás convencido de que sé mucho más de lo que supones.

Te suplico que bajes de esa piedra.

Una garra apretándole el corazón, le hubiera producido á Yatan menos efecto.

Sin embargo, probó la última emboscada y exclamó dirigiéndose á la concurrencia:—¿Quereis que sobre vuestras frentes arrojen los dioses odio y venganza? ¡Sea! . . . . . . ¡Llevad la ruina á vuestras heredades, aniquilad la fuerza de vuestros brutos, la savia de vuestras sementeras y las vidas

de vuestros hijos! . .. . ¡Sea!; pero tened en cuenta que sois los responsables.

¡Reflexionad, aún es tiempo, que más tarde podrá pesar sobre mí la cólera divina y mi intervención y ruego resultarán ineficaces.

Para que una semilla germine necesita tierra húmeda y fresca; ¿cómo quereis vegetación exhuberante, ópimos y pletóricos frutos si en cada lugar en donde depositais los gérmenes encendeis una hoguera?

¡Resolved acertadamentente y sin pérdida de tiempo; pues miro con inequívoca videncia la proximidad de gravísimo desastre, más tarde inevitable!"

Tal fué su discurso; é impasible y convencido del poderoso influjo de sus palabras se había vuelto hacia la pirámide, levantando las manos.

Chilamaal, experto en aquellos ardides luminosos del ingenio, se sobrecogió de temor reconociendo el tacto y la oportunidad de los ataques de un adversario tan sutil y mal intencionado y el profundo conocimiento que este tenía del corazón de aquella gente.

Con toda claridad comprendió que era necesario jugar el todo por el todo, puesto que una vez que se avivase el incendio sería imposible sofocarlo.

Era un carácter, y como todos los que lo son, lo estimulaban los extremos: amores intensos ú odios profundos; exelsas virtudes ó vicios sin reserva; y en lo práctico, una vez marcado el derrotero, morir

en el camino ó llegar al fin, jamás detenerse ó retroceder.

La vida para él era un mar, y si alistaba el bajel gozaba cuando su quilla airosamente hendía, con la suavidad de un roce de ala, cataléptica superficie ó cuando le abrumaban los sentidos las devanadas y convulsas madejas de ébano, las quejas sublimes que lanzaran las olas al partirles el corazón la valentía y firmeza de la prora.

El cráter estaba abierto; era necesario arrojar en él al dueño de la cima.

Camal con los brazos cruzados esperaba tranquilo.

Xthul, profundamente pálida, estaba agitada como débil arbusto por el paso de un reptil entre sus ramas.

Chilamaal, heróicamente sereno, dijo con tono firme, con ese tono que insufla al espíritu confianza y respeto:—Caros amigos:

Esperad sin exaltación hasta el final de la lucha y quedaréis convencidos; no hagais caso de las amenazas. Los dioses no son vanos para exigiros responsabilidades por hechos que no hayais verificado.

Que quien provoque la ira pague la culpa.

No confiéis en mis palabras, ellas son fútiles ó mentirosas. ¡Esperad en silencio los hechos. Yo he venido por primera vez á poner en claro el misterio que en este lugar se encierra.

¡Conócedle! . . . . . y después ruego que me oigais sin entregaros á vuestros legítimos enconos.

Aquel hombre, amado por el pueblo y quien jamas mentía, tuvo la intuición del triunfo.

Dirigiose al grupo que acababa de entrar ordenándole enérgicamente:—Atadme á ese hombre; y señaló á Yatan.

En el templo levantóse un murmullo de protesta y algunos gritos—¡No!, ¡no!, ¡dejadle!

Entonces volviéndose el consejero á la multitud, la habló de esta manera:—Esperad un momento; vivo os lo entregaré; yo no quiero, ni es mi propósito castigarlo, á vosotros corresponde.

Todos estaban convencidos de que era verdad lo que decía y ocuparon nuevamente sus puestos.

Yatan no supo que decir y pensó:—Estoy irremisiblemente perdido.

Los servidores de Chilamaal subieron sobre la piedra, el augur sin hacer ninguna resistencia se dejó atar; comprendió que cualquiera oposición hubiera sido peligrosa.

En el templo había un silencio profundo, tan solo se escuchaba la fatigosa respiración de los cuatro hombres que envolvían el cuerpo de Yatan con una red de ligaduras. Este sufría una especie de vértigo de indignación é impotencia.

Fué colocado sobre un banco de piedra lateral.

A una orden de Chilamaal sus fieles comenzaron una nueva faena; levantar la inmensa piedra sobre la cual oficiaba el adivino.

Camal revelaba vida solamente por el brillo y movilidad de sus ojos, permaneciendo de pié con estatuaria inmovilidad. Xthul cerca de él estaba visiblemente impresionada; Camal nó se daba cuenta del por qué del estado de ánimo de su amada.

Seis hombres haciendo palancas con ramas de uayacán no pudieron mover la losa; pero momentos después se pudo levantar con el auxilio prestado por los concurrentes.

Debajo de la piedra estaba colocado un pedazo de tronco como de un metro de largo por medio de diámetro, el cual tenía cubierto uno de sus extremos con una pasta en donde se notaba la comisura dejada por una tapa hecha de la misma madera.-

Al levantar Chilamaal el tronco, á Xthul que estaba de pié le flaquearon las piernas; vaciló un momento; pero Camal que lo había notado se aproximó á ella, quien no pudiendo resistir la emoción que la embargaba se dejó caer en los brazos que sorprendido le ofrecía el joven.

—¿Porqué desfalleces?, le preguntó en voz baja.

—No lo se.

—Si te sientes enferma te acompañaré hasta la puerta, allí me esperarás un momento.

—Si, llévame y gracias.

Camal le dió el brazo dirigiéndose hacia la puerta; pero Chilamaal lo detuvo diciéndole.

—Es necesario que esa joven no se retire, que permanezca aquí un momento más.

Ella dijo en voz baja:

—No es posible.

Entonces el jóven dirigiéndose al consejero:

—Se siente enferma.

—Lo supongo; pero que no salga.

Camal sin entender aquello se atrevió á preguntar.

—¿Y qué razón hay para que no salga?

—Porque ella mejor que ninguno otro, conoce el secreto, respondió Chilamaal, mientras que con el filo de una piedra rompía la pasta que cubría la tapa del tronco.

Camal acercóse á la jóven:

—No debes salir, espera.

Xthul sentóse en el suelo cubriéndose la cara con las dos manos.

Chilamaal había terminado su tarea quitando la tapa de la oquedad hecha en el tronco y antes de enseñar lo que contenía, acercóse al lugar en donde se encontraba Yatan, hizo que lo levantaran sentándolo en el banco y aproximando hasta él el pedazo de arbol le preguntó:

—¿Sabes lo que hay aquí adentro?

Yatan permaneció en silencio; entonces Chilamaal, levantando la voz, hizo oir clara y distintamente estas palabras:

—Yo se muy bien que lo sabes; pero no eres el único que conoce el secreto, una mujer es tu cómplice en el crimen; y esa mujer está aquí.

En el templo quedaron sorprendidos; hubo un

momento de atonía, unos á otros se miraban revelando su asombro.

Xthul era la única que no levantaba los ojos del suelo.

Camal tuvo serenidad para analizar su actitud y sintió que le partían el corazón. ¡ Ah !, por algo la habían detenido.

Chilamaal comprendió que era necesario que aquella situación terminase pronto, con la mirada llamó á Camal y una vez cerca de él le dijo:

—Recuerda tus palabras y quiza tengas que dar una prueba de valor.

—Sé sufrir si es preciso, respondió secamente el interpelado.

—Entonces llama, ó haz que se acerque esa joven que iba á salir contigo del templo; ella es quien lo sabe todo.

Camal tembló sin saber por qué, y volviendose á Xthul.

—Ven, te lo suplico. Ella lo siguió sin decir una palabra.

El consejero hizo que la muchacha se sentara junto á Yatan.

La curiosidad, era creciente, tanto más cuanto que sabían que Camal adoraba á la joven.

Chilamaal dirigiose á ella.

—Bella joven, por los dioses te conjuro á que digas la verdad, tu sabes tan bién como Yatan lo que ese madero esconde, es necesario que lo digas, no te hagas digna de mayores castigos.

Ella sin levantar los ojos guardaba silencio.

¡Un silencio de agonía ó de desesperación!

Camal, por primera vez en su vida, se arrepintió de haber empeñado su palabra de honor.

Vió claramente el peligro para su adorada y antes de conocer el delito sintió amarla como nunca.

Al ver Yatan la actitud de Xthul, deslizó esta frase á su oído:—

—Calla y triunfamos; Camal será vencido.

Aquella infeliz luchó un momento entre su amor y su egoísmo; pero el deseo de vengarse encendió sus enconos y avivó sus energías; y volviéndose le dijo sonriente:

—Benditos mil veces los dioses que me permiten castigarte, ¡miserable!

El diálogo había sido escuchado por Camal, quien en otras circunstancias la hubiera estrechado entre sus brazos.

Xthul se levantó lívida, acercóse al joven, le estrechó fuertemente la mano y le dijo con heroica firmeza:

—Te voy á dar una prueba de lo mucho que te amo. Tú, siempre tú, antes que mi vida; pues ella sin tí, ¿de qué me sirve?

Sé tú feliz en cambio de que yo no puedo serlo nunca.

Y en seguida á Chilamaal con acento tranquilo:

—Yo sé lo que ese tronco guarda, es un cadáver . . . . . fué colocado por mí . . . . . el

tronco me lo proporcionó Yatan y la víctima él la hizo.

Hubo el silencio solemne que sucede á los cataclismos.

Camal no se contuvo y preguntó:

—¿Pero esa víctima quién fué?

Xthul, haciendo doloroso esfuerzo, respondió:

—Mi hijo.

Camal puso cara de idiota.

Chilamaal acercóse nuevamente á la piedra y sobre ella fué colocando los pequeños huesos de un esqueleto de niño que se encontraba dentro del leño.

Hay emociones que por inesperadas ó intensas suspenden la razón y dejan á la voluntad en una especie de vértigo de indecisiones; pero cuando aquellas reaccionan aguijoneadas por un dolor perfectamente definido, la desesperación ó la cólera se desbordan, y esos sacudimientos provocadores de súbitas, profundas y no sospechadas impresiones, son como las crisis en las enfermedades mortales, que á partir de ellas se vuelve á la vida ó se precipita uno á la muerte.

Camal sonrió nerviosamente; pero en su boca, en lugar del plácido movimiento de una muestra de alegría, hubo la contracción de los labios de una fiera indignada.

Su mueca tenía la solemnidad de las sentencias que condenan.

Ella no se atrevió á mirarlo.

Chilamaal, viendo con respeto el valor de aquella mujer, sintió compasión por su suerte; pero alegróse de haber salvado á su amigo.

Después la habló de ésta manera:

—Joven valerosa, ya que has tenido la inusitada energía de confesar la verdad, exponiendo la vida, concluye tu misión y relata los hechos.

Entonces ella refirió que:

—Yatan, aprovechando la ausencia de Camal que había partido para la guerra en defensa de la patria, la había raptado envenenando á un hermano suyo á quien ella comunicó las intenciones del sacerdote.

Y á grandes patéticos rasgos relató: ¡Cómo había sido arrebatada de su hogar en la mitad de una noche en cuyas profundas sombras dejara las excelsas claridades de su virtud! ¡Cómo murió de pesar su pobre madre! Y añadió:

—Si cometí un delito fué por fuerza, y si hasta hoy lo he ocultado ha sido por miedo, amenazada por el adivino. Mi falta ha tenido por cómplice, no mi voluntad, sino mi debilidad física.

Mi cuerpo conserva las inequívocas é imborrables huellas de mi inútil resistencia. Vedlas! y separó un tejido finísimo de plumas que pendía de su garganta y que se extendía por debajo del huipil hasta cubrirle los senos, aquellos senos irreprochables que eran un triunfo primaveral de la carne, realizada concepción de enamorado artista,

y enseñó las dichosas cicatrices felizmente cautivas en los deliciosos declives de sus pechos.

Ante belleza tanta, los dioses hubieran justificado los arrebatos de Yatan; ¡ah! pero nunca con más justicia Camal se hubiera revelado contra ellos!

Y así prosiguió:

—Si el no haber podido resistir es un delito, ¡castigadme como queráis!; mas si los dioses me hubieran dado brazos de roble, ese hombre no viviría. Y señaló con el más profundo desprecio al sacerdote que la seguía con la anhelante mirada de los condenados.

Luégo continuó así:

—Después de que el buitre despedazó su presa, tuve vergüenza y miedo de mí. . . . . . quise matarme; pero ya era madre; y ay! lo que es un tesoro para las demás mujeres, me hacía la horrible impresión de una joya exquisita que no se puede enseñar por robada.

No pudo continuar, sollozaba con la casta sinceridad de una niña lastimada; sus grandes ojos negros, como el alma de la noche, brillaban sublimados por el dolor, como magníficos brillantes negros en el fondo de los rosados pétalos de una flor humedecida por las caricias del rocío.

Y las lágrimas, trofeos y arlequines de la crueldad ó caricatura del pesar, tienen un momento, cuando el dolor las santifica, en que inspiran respeto al mismo que las desea ó provoca; en que ha-

blan un idioma cuyos términos son entendidos hasta por las almas de las fieras.

Y siguió diciendo:

—El amor de mi alma estaba en la guerra y mi hijo era un puñal que llevaba yo clavado en las entrañas.

No sabía que hacer. Me ví obligada á decirlo á mi propio verdugo, quien al oir mis quejas me dijo:—¡Mátalo! ó haz lo que quieras menos decir que soy el padre de la criatura; que si me delatas, tú morirás.

Sentí miedo; pero era mayor el miedo que me daba el pensar en la aparente deslealtad cometida por mí con el amor de mis amores.

Tuve la franqueza de confesárselo á Yatan, quien me aconsejó nuevamente:

—Mátalo al nacer.

—En mi locura creí que era el único medio de salvación.

. . . .

. . . .

Yatan temblaba visiblemente; Chilamaal oía con la cabeza inclinada; Camal, con los brazos cruzados, erguido, inmóvil, no separaba los ojos de Yatan.

Xtul, terminó diciendo:

—Pero no tuve valor para matarlo. Entonces, ese hombre hundió el filo de una piedra en la garganta del niño . . . .

. . . . . Lo demás ya lo sabéis . . . . Ahora disponed de mi vida . . . .

Y como vencida por el cansancio, dobló las rodillas, sentándose en el suelo y cubriéndose el rostro con las manos.

Nadie se atrevió á acusarla. Algunas madres lloraban conmovidas. Una de ellas no se contuvo y gritó:

—¡Que la perdonen; no tiene ninguna culpa!

Dos grandes lágrimas asomaron en los ojos de Camal y volvió la cara con agradecimiento hacia el lugar de donde había salido el grito.

Chilamaal, acercándose á Yatan, le dijo:

—Ahora, responde, defiéndete.

Yatan no contestó nada. Entonces el consejero habló á los nobles de este modo:

—Vosotros, hijos predilectos de este reino, devolved los derechos que á nuestro señor corresponden; puesto que á él le toca hacer la primera justicia.

Toda la concurrencia levantó las manos jurando por las divinidades respeto y obediencia al legítimo heredero de Ɔul.



Con las manos atadas por detrás, Yatan y Xthul fueron conducidos hasta un edificio en cuyo fondo encontrábanse las jaulas de madera pintadas con vivísimos colores, en donde fueron encerrados separadamente los dos prisioneros y cuidados con todo género de precauciones.

SEGUNDA PARTE.

I.

LA noticia del advenimiento de Camal al trono, se extendió por todo el país con la rapidez de un incendio ayudado por viento favorable, en apretado campo de resecas espigas.

El prestigio del joven guerrero era una garantía. Corazón abierto á todas las noblezas, voluntad encaminada siempre al bien; energías siempre dispuestas á aquilatarse por el ajeno beneficio; siempre sereno en sus intentos é invariable en sus resoluciones.

Cualquier comparación que de él se hiciera con Yatan, hacía á éste más odioso, encumbrado por la intriga, sostenido por el engaño é inspirado por la maldad.

Yatan era de esos individuos raros, que vistos de lejos son espejismos que hacen vacilar el juicio; pero que examinados serenamente, analizados con imparcial criterio se les observa como son: vergonzosas proyecciones de astucia y crimen, que fingen á las inexperiencias, exelcitudes que no existen.

Los grandes triunfos tienen sus vértigos invo-

luntarios, y las felicidades que proporciona la altura, hacen olvidar, aun cuando sea un momento, las tristezas del suelo.



Por una semana hubo fiestas rayanas en frenesí con motivo del reconocimiento del nuevo rey.

Era el último día y se celebraba un suntuoso banquete en el palacio, lujoso edificio de piedra labrada, edificado en una colina.

En uno de los amplios salones veíase colocada la mesa formada con una sección de un cedro gigantesco de increíble tamaño, colocada sobre nueve columnitas de piedra primorosamente labradas y rodeada de fragmentos de troncos del mismo diámetro y de distintos árboles, sobre los cuales habían mullidos almohadoncitos de pluma.

Los nobles comenzaron á llegar; cada uno de ellos venía seguido de tres ó cuatro servidores que regaban el camino de flores silvestres.

Las mujeres ostentaban trajes de gala, llevando enroscados en el cuello, como rosados reptiles, hilos de corales, que parecían encenderse de ruboroso placer, al besar las escultóricas gargantas labradas por los dioses en magníficos tallos de canela.

Lucían anchos y bruñidos brazeletes que se abrazaban enamorados, gozosos con cautivar y ser cautivos de aquellas manos.

Era la apoteosis del lujo en la más espontánea apoteosis de la alegría.

Camal, conversaba alegremente con un grupo de nobles con exquisita familiaridad.

Chilamaal á pesar de su habitual continente serio y parco en externarse, no podía disimular los arrebatos de su alegría que revelaba en formas casi infantiles.

No era para menos; gozaba con el convencimiento de que á él exclusivamente se debía aquel triunfo, y de que Camal, dadas las condiciones de su carácter, no podía nunca olvidar el alto mérito que por su conducta había alcanzado.

Con todos y por todo reía.

Aquello, más que una fiesta oficial, era lujosa y sincera reunión de viejos y cariñosos amigos.

Todo conspiraba para que así pasara; la juventud noble y guerrera de casi todo el reino estaba reunida allí; Camal era amado por ella en premio á su valor, su modestia y su sinceridad; pues ni en el momento de mayor gloria ostentóse como jefe, sino como el compañero de la infancia de ayer y de las luchas del presente.

Los títulos que como soldado poseía, fueron conquistados bajo tempestades de flechas y cuando avergonzada la muerte le dejaba libre el paso, y en este sentido llevó su delicadeza á tal extremo, que alguna vez se le vió no aceptar una insignia que se le ofrecía equivocadamente, diciendo:—No me ofrezcáis lo que no me corres-

ponde; no quiero que al dormirme los dioses me quiten justamente lo que no es mío, mi lujo es que ellos cuiden de mis preseas cuando duermo..

. . . .

. . . .

La vida que se iniciaba era de verdadero renacimiento, y la satisfacción que la sola esperanza de un porvenir lisonjero encendía en los corazones, era el móvil del franco entusiasmo que esa noche se disfrutaba.

La música reía desbordante de placer agitando el encantador enjambre de sus armonías; desgranando como deshecho búcaro, ritmos y venturas.

Los vasos de aceite mezclados con resinas perfumadas vertían torrentes de aroma y luz, haciendo resaltar las artísticas molduras del salón.

Desde un extremo de éste distinguíase el jardín del palacio, cuyo centro estaba iluminado por un haz de cañas encendidas que á trechos salpicaban el follaje de variables y caprichosas penumbras.

Entonóse un himno en loor á los dioses, que al terminar fué exaltado con aplausos.

Tocó su turno á la cena.

Camal sentóse en uno de los extremos de la mesa y Chilamaal en el otro; los demás concurrentes ocuparon indistintamente sus puestos.

Los platos servidos fueron sencillos y exqui-

sitos: pescados, aves, carnes de animales monteses. Los vasos constantemente llenos de cerveza de maíz y variados licores del mismo grano, y, por último, después de las frutas, sirvióse un licor de Balché mezclado con miel purísima de Xtabentun.

Una vez terminada la comida, y en el momento en que Chilamaal levantaba su vaso labrado para dar las gracias á las divinidades, interrumpióse la cena por la presencia de uno de los jefes militares del reino, que había entrado precipitadamente para avisar al monarca que una horda de enemigos asolaba la frontera y que á pesar de la resistencia que se les había opuesto amenazaban pasarla.

El peligro juzgóse inminente; era necesario rechazarla, defender á la patria.

Camal escuchó impasible; levantó su vaso, brindó por los dioses y por el futuro bienestar de su pueblo y concluyó diciendo:

—Felices los que como yo pueden llevar al combate húmedos los labios con las mieles de la dicha.

Alistémonos y roguemos á las divinidades yerguan nuestras almas con rebeldías de volcán y doten á nuestros cuerpos con vigores de montaña.

Hubo quien se opusiera á que el monarca partiese; mas era en él congénito el deseo del cum-

plimiento del deber, y ningún halago lo hubiera detenido en sus propósitos.

Los nobles suplicaron á Camal que no partiese á la guerra; Chilamaal participó de la misma opinión y atrevióse á indicárselo al joven:

—Para eso están tus fieles; ordénales.

—Así lo creo, replicó el rey sonriente, les ordenaré que sigan mi ejemplo; puesto que de ese modo, los que por acaso no hubieran conocido un combate, tendrán la oportunidad de copiar un modelo ó cuando menos de recibir una lección.

Y rió sonoramente, adunando en su gesto expresivo la honda severidad de su frase al guiño malicioso de quien toma á broma la verdad del mérito, del cual está íntima y seguramente convencido.

Momentos después concluía el banquete.

Todos los jóvenes, espontáneamente ofrecieron acompañarlo.

Siempre es la juventud la que está dispuesta á sacrificarse por los grandes propósitos; y sus arrebatos movidos por el entusiasmo, no tendrán la fría resistencia de las reflexiones irreprochables; pero sí el alto y vigoroso impulso de las alas, que sin temor á los obstáculos se lanzan á las cimas coronadas por un ideal.

***

Antes de la puesta del sol partía un improvisado ejército de héroes á rescatar derechos y á exigir coronas á la victoria.

Cada combatiente llevaba sus armas predilectas.

Las flechas, destrales, lanzas y espadas hacían el variado armamento de aquella juventud guerrera que se cubría el pecho y las espaldas con las conchas de pequeñas tortugas ó con saquillos de algodón rellenos de sal, sostenidos con hilos de henequen y otros agaves.

Todos iban serenos, sin esos presentimientos precursores de las grandes etapas de la vida, inexplicables y algunas veces dolorosamente confirmados; nublados heridos á veces por las perforaciones de la luz ó descorridos por la espantosa mano de la tempestad.

Aquellas almas eran un cielo purísimo en cuyo fondo albeaba un astro de soberbios resplandores: el valor.

Hay triunfos que pueden llamarse matemáticos; éstos no son otra cosa que una suma de esfuerzos que se logra llevar á un objeto determinado, y cuando todos los espíritus intensa y armónicamente convergen al mismo punto, como fuerzas paralelas, sin duda producen una resultante que tomada como término de comparación puede asegurarnos una gloria.

II.

HABIENDO sorprendido Yatan, por acaso, una conversación de las guardias, tuvo la noticia de la inesperada partida de Camal, y su primer intento fué el de comunicarse con Xthui que se encontraba encerrada en una jaula próxima.

Mas ésto le fué imposible por estar custodiado por fieles servidores, obligados so pena de muerte á no consentir comunicación ninguna entre los prisioneros.

Y convencido de que su próximo fin era inevitable, optó por los extremos: salvar su vida ó acortar sus días de sufrimiento.

Primero intentó con la súplica, luego con ofrecimientos; después procuró imponerse invocando su prestigio ante los dioses. No logró que le contestaran una palabra.

Todos sus proyectos resultaban fallidos.

Sufría desesperadamente.

En su mortal aislamiento, poblábase su imaginación del lúgubre cortejo de arrepentimientos proyectados por sus recuerdos, apretándole el corazón la garra impiadosa del miedo; de ese miedo informe y vago que como un vaho del infierno envuelve las conciencias culpables, las estrecha, las aterroriza.

Y es que para las almas perversas, la tumba no simboliza descanso, sino lucha y castigo, y quisieran volverse hondas para lanzar el miedo á sus avernos; pero éste, como aconsejado por oculta deidad, se fija y enraíza en lo más hondo del corazón, de donde no es arrancado sino por las frías caricias de la muerte.

Hay dolores que al condensar su pena en un infinito de sufrimientos, subliman á quienes los sufren y son como gotas de cielo en el infierno de la vida; y hay culpas que al condensar su horror en un momento de la existencia son como gotas de infierno que inundan con sus sombras los cielos más limpios y más claros.

Yatan era un infeliz que para iluminar las tinieblas que lo rodeaban no poseía la delicada claridad que aureola á las almas virtuosas; por eso fijaba en las sombras la vítrea pupila recordando su pasado, así como fija un buho los ojos inmensos, la mirada inmóvil en las grietas de una tumba.

La pena de muerte no es castigo para el criminal cuando se ejecuta, sino cuando el instante de llevarla á la práctica se aproxima; porque entonces todos los recuerdos de culpa como olas arrolladas por la invencible tempestad, van á azotarse despiadadamente contra los negros arrecifes del ya inútil arrepentimiento.

Y así como para la tumba del justo parece que la tierra amorosamente abre su seno, como

el ave que cariñosa ahueca el ala para esconder á su polluelo, para la tumba del malvado parece que la tierra abre sus fauces vengativas asomando en ellas una cruel y sarcástica sonrisa.

Ofrecimientos, farsas, ingenio, todo fué completamente inútil. Las puertas de la prisión sólo se abrían, para dar paso á dos viejos servidores, que con la vigilancia de un jefe, estaban encargados de la limpieza de las jaulas y de llevar los alimentos por una sola vez al día.

Los depósitos de barro que á Xthul correspondían, casi siempre se encontraban intactos.

Quince días de prisión le habían robado, su belleza, su frescura, su juventud. Envejecida, pálida, nerviosa, con la mirada fija en la altura se pasaba las horas sobre un banco de piedra, con la cabeza apoyada en una almohada hecha con hojas sobre las cuales se extendía una suave y lustrosa piel de tigre.

Estaba tranquila, había salvado á su amor á costa de su vida, y había perdido al infame que la robara, más que la propia existencia, el inestimable tesoro que le prometían los incambiables goces que se hacen imposibles de sustituir.

Muchas corolas y muchas aves podrán tener el mismo perfume y los mismos trinos; pero las corolas del alma que se abren en los labios, tienen perfumes únicos, y los besos que gesta el corazón y que estallan en los labios convulsos de

amor, tienen ritmos, cuyo eco sólo puede recogerse en los labios amantes.

Sentíase pura y lo era; el lodo había salpicado su cuerpo sin llegarle al corazón.

¡Bajo el suave plumón de sus castos amores habrían de enfriarse sus ensueños de cándida paloma con el frío aliento de una racha hiperbórea arteramente conmovida por una ala de buitre!

Por esto sufría infinitamente maculada; pero valiente, noble. Sentía la satisfacción profunda del deber cumplido; y ese momento sólo de intensa felicidad, la indemnizaba y con creces de todas las angustias que el destino le proporcionaba.

El pensamiento de la muerte, lejos dea cobardarla, la hacía concebir una esperanza de bienestar futuro, que de otra manera le sería imposible poseer.

¡Ah! Camal no la perdonaría; puesto que si no lo hizo en el instante en que ella expuso por él su vida, sacrificando toda felicidad futura, más tarde el sentimiento de venganza excitaríase en contra suya y entonces el perdón era imposible; ¡mas ella tampoco lo esperaba ni quería!

¡Necesitaba descansar; pero descansar para siempre!

III.

MIENTRAS tanto Camal había llegado á la frontera y la conciencia del poder había redoblado sus excepcionales energías; las responsabilidades contraídas con la patria lo engrandecieron, y fué con general asombro, ejemplo de cordura, de pericia y de valor.

El triunfo le rindió los debidos homenajes.

Había salvado la integridad de su reino y sólo por rareza, el cielo brillante de su vida actual era cruzado por la racha de tempestad de su recuerdo á Xthul.

Un día, después del último combate, cuando la victoria fué asegurada perfectamente y el ejército triunfante se ocupaba tan sólo en recoger las armas de los vencidos y en sepultar á las víctimas, Camal se retiró á una improvisada tienda, para descansar un momento de sus prolongadas fatigas.

Declinaba la tarde. El negro preparaba sus inmensos cortinajes; luz y armonía fuerónse acurrucando en las sombras y en los nidos.

Más tarde reapareció la luz, goteando sobre el ébano del espacio un diluvio de fulgurantes y trémulas gotas de rocío; luego la luna asomó su anémica, enfermiza cara, como histérica que se recrea en la contemplación de magnífico altar

iluminado con lámparas irreprochables de alabastro y oro.

El joven monarca, con las caricias del terral y vencido por el cansancio, se adormeció un momento.

Mas el sueño que es salvador algunas veces, en otras tórnase verdugo.

Vió en él que Xthul, en premio de su triunfo, ofrecíale en los labios, calientes y palpitantes de amor, los lúbricos besos que de otros labios recibiera, y sintió cómo la hiel del desencanto se filtraba con criminal satisfacción hasta el fondo de su alma.

....

....

Despertó rabioso y convulso.

Aquella mujer, moriría; sí, aquella alma perversa, no satisfecha con haber estrujado sus esperanzas en flor, trasmigraba en alas del sueño para robarle los únicos instantes de aislamiento y de dicha.

....

Las ondas de frescura que con la noche avanzaban fueron calmando la agitación de su espíritu.

Rehizo las escenas pasadas, y el sentimiento de justicia, nota culminante de su carácter, inspiróle delicada compasión por aquella infeliz, á quien no podía perdonar el egoísmo de su amor,

pero que tampoco debía ser condenada por la carencia de culpa.

Las lágrimas inundaron sus ojos, refrescándole el alma, como lluvia protectora sobre el volcán de sus recuerdos.

Resolvió hacer lo que las circunstancias le inspiraran.

Después de largo rato, volvióse á dormir tranquila y profundamente.

Antes de que el alba asomara fué despertado por un grupo de oficiales que cumplían una orden que les diera.

Todo estaba preparado; se dieron las ordenes del caso y el ejército púsose en marcha inmediatamente.

Los soldados, justamente admirados de su rey, quisieron darle una prueba de cariño.

Construyeron una especie de asiento con dos largas ramas de arbol, en el centro de las cuales formaron un cuadrilátero de bejucos cubiertos de espigas y menudas hojas y fueron á ofrecérselo para que con alguna comodidad continuara su viaje.

Modestamente aceptó la oferta.

Ocho individuos de cada lado llevaban en los hombros á su monarca.

Pero al notar Camal el paso fatigado de su viejo consejero, tuvo la generosidad de ofrecerle su puesto diciéndole:

—Es obligación de todo rey cuidar la vida de

sus leales y útiles servidores preferentemente, puesto que de ellos depende su propia felicidad.

—Yo soy joven; ocupa mi puesto, cuando descanses lo tomaré nuevamente.

Tal magnanimidad cautivaba á sus soldados, quienes inmediatamente hicieron otro mueble semejante.

Una vez Chilamaal en su asiento, siguieron el camino, uno al lado del otro, entablándose el siguiente diálogo entre el rey y el consejero.

—Señor, debéis estar satisfecho de los dioses y de vos mismo.

—Ah! los dioses son á las veces pródigos en bondades, como pródigos en amarguras, y alguna ocasión hacen un beneficio que no puede compararse con el daño que han proporcionado.

Y si he luchado, ha sido por cumplir con un deber; puesto que no me pertenezco. No soy libre; soy un esclavo de la patria y tengo que acudir á su reclamo y perecer por salvarla en sus dolores; si persigo el triunfo es porque á ella se lo debo. Cuando venzo, ella gana y por eso me alegro solamente; mas si muriera en el combate, créelo, mi buen amigo, yo sería quien ganara con la muerte . . . .

Los ojos se le arrasaron de lágrimas. Chilamaal no pudo resistir á la veraz tristeza de aquel tono y humedeciéronsele los ojos también.

El joven continuó:—Cada vida es una aspiración que busca un objeto en el tiempo.

—Descifrar un misterio; arrancarle á la Naturaleza sus tesoros ocultos; revelar lo bello; sentir las emociones de la victoria, y todo así . . . .
. . así . . . . El privilegio de la juventud es el amor, y yo he pasado por un puente de amargura de la infancia al horrible cansancio de una vejez prematura y dolorosamente desengañada.

Chilamaal comprendió perfectamente la alusión y quiso distraerlo cambiando el giro de sus ideas.

—Recuerda que muy pronto tendrás que hacerle justicia á Yatan; ¿qué has pensado?

—Lo que ordena la ley: que sea apedreado.

—Es noble y tal pena no debe imponérsele.

—Ya veremos.

—¿Y de la joven qué has pensado hacer?

—No lo sé; ya veremos . . . . y levantó los ojos, entreteniéndose en ver las curvas de las ramas, pensando que eran magníficas para fabricar los arcos para un ejército de gigantes . . .

. . . .
. . . .
. . . .

***

En la población, cuatro días despues, corrió la noticia de la próxima llegada del rey; habían llegado los emisarios que la anunciaban.

El pueblo todo se disponía á recibirlo solemnemente.

Habíanse apostado, desde una gran distancia, de trecho en trecho, individuos encargados de comunicar violentamente la noticia de los lugares por donde pasaba el monarca.

Desde las afueras de la población se colocaron arcos cubiertos de flores. Los salones de palacio fueron artísticamente tapizados de musgo y capullos silvestres.

Lo más selecto del país acudía; las mujeres con la cabeza cubierta con tocas de algodón y luciendo ostentosos huipiles y fustanes primorosamente bordados; los hombres con mantos de algodón sostenidos en el hombro, adornados con caprichosos dibujos, y llevando además anchos listones de finísima pluma sostenidos en la cintura.

La alegría desbordante que sucede á los acontecimientos libradores de algún peligro inminente, se extendió como una onda de inefable satisfacción.

En todas las miradas acechaba la curiosidad.

El entusiasmo se agitaba en todas sus formas.

La alegría paséabase como loquita que abandonan á sus antojos.

¡La felicidad que contagia á los más indiferentes es un castigo junto al féretro ó junto á la prisión!

Camal ordenó que al llegar á la población pasaran todos por el mismo camino que llevaron al salir, con el objeto de que eludieran encontrarse frente á las prisiones en donde estaban encerrados Yatan y Xthul.

Así se hizo.

Ya frente al palacio, la música saludó la llegada del rey y los concurrentes lo aclamaron y aplaudieron frenéticamente.

Camal estaba triste.

En ese instante, en medio de la estruendosa algazara de la ovación, se sintió más sólo que nunca, pensando:—Soy un prisionero de la multitud, la suerte me transforma en miserable esclavo de la opulencia.

¡Bah!, procuremos olvidar!—Hizo un esfuerzo de ánimo para parecer tranquilo, y más que tranquilo, alegre.

Chilamaal era el único que se daba cuenta de la grandeza de aquel carácter; puesto que no es meritorio desechar un amor, por intenso que sea, cuando predomina en el espíritu en cualquier sentimiento ó pasión que igualmente lo embarga ó que en fuerza lo iguala ó supera. Mas ir tranquilo al cumplimiento de un deber, sintiendo cómo gotea la sangre de la herida abierta anticipadamente por el desencanto; ir á defender vidas y venturas ajenas cuando el defensor es un moribundo sin ventura posible; sí; cuando el

que defiende no tiene á quien ofrecerle las coronas arrebatadas al peligro!

¡Cuando el ideal purísimo al llegar cerca de él se transforma en una mancha!

En fin, cuando se tiene la entereza bastante para ir á recoger laureles y ofrendas cuando el altar al que le fueron ofrecidas está roto y caído, eso es grande, indudablemente hermoso! . . .

Camal, al verse rodeado por un pueblo que lo exaltaba hasta el delirio; cuando recibía con lujosa magnificencia las comisiones de los vecinos amigos, que llegaban á felicitarlo trayéndole presentes, porque su triunfo significaba la defensa y salvación de todos ellos, sintió con más vehemencia el doloroso aislamiento de su alma y recordó con amarguísima resignación las palabras de Chilamaal, antes de que entraran al templo:—"Que el trono le aplastaría el corazón como á un delicado capullo de la selva formidable mazo de oro."—

No tenía á quien volver la cara para formular una queja, y callado, á solas, soportaba su imprudente ligereza.

Mientras tanto, en el salón más espléndido de palacio en el que se revelaba una alta y delicadísima estética; las soberbias pinturas morales; las esculturas que parecían vaciadas de moldes conquistados á la más perfecta concepción del arte, encontrábase reunido el cuerpo de músicos con

flautas de carrizo, tunkules y sonajas, ejecutando piezas de caprichosa y variada armonía.

El conjunto era un éxito del entusiasmo. Así fué toda la noche. El baile terminó cuando el alba sonreía en el cielo.

Se deseaba que la fiesta se prolongara por algunos días; pero Camal no podía soportar por más tiempo el suplicio que le imponía el alborozo de los demás y su incurable pena.

Comenzó discretamente á hablar de las fatigas por todos sufridas en las luchas; del viaje tan rudo y prolongado; del cansancio que inevitablemente sucede á las grandes empresas, y todo dicho con una prudencia tal, que su deseo no fué revelado, sino que los demás lo dedujeron como una consecuencia.

Se resolvió que aquella fiesta concluyera para que el señor pudiese dedicarse á la justa reparación de sus fuerzas.

Tocóse una especie de himno, término de la manifestación de regocijo.

Las visitas comenzaron á retirarse.

Una vez que el rey se hubo despedido de sus amigos, indicó á Chilamaal el deseo de que lo acompañara.

Los dos pasaron á la real habitación.

—Descansa, señor, dijo el consejero, tenemos sobrado tiempo para tratar de asuntos que valen menos que tu salud.

—No; le respondió sonriendo tristemente; puesto que mi salud depende de esos asuntos.

—¿De qué se trata?

—De los prisioneros. Me sería muy doloroso que la pasión me fuera á desviar del camino recto; desconfío en este caso de la serenidad de mi ánimo.

Sí; ¡cuan horrible fuera para mí, que cuando se borrasen de mi memoria las huellas de este cariño que me desespera, me apretase el corazón una injusticia! . . . . . .

¿Qué debo hacer?

—Antes de que conozcas mi opinión deseo escucharte; pues aunque estoy seguro de que confías en mi buena fé, no has de seguir mi consejo, si este lastima alguna premeditada resolución tuya.

En los asuntos en que media el amor ó el orgullo lastimado, se siguen las indicaciones que corren parejas con nuestros proyectos.

El corazón no acepta el ageno cálculo.

En las tempestades de la vida cuando la razón fría sirve de timonel, podrá no llegar la nave por que se rompa á pesar de la certeza del rumbo; mas cuando el timonel es el sentimiento, casi siempre á la primera racha adversa, el bajel se hunde en las olas.

Te suplico me digas que es lo que piensas, en este sentido, salvo que me ordenes lo contrario.

—Creo que esa infeliz es una valiente infortunada y no solo tengo deseo de perdonarla, sino que . .

. . te diré la verdad, la adoro y la admiro, aunque jamás sea mía, aunque jamás deba ser mía.

No pienso abandonarla sino enriquecerla y alejarla hasta donde la alcanze mi protección, ay! aunque nunca mis caricias! . . . . . Respecto á Yatan que sufra el más cruel y más lentos de los castigos. Es el único culpable.

—Qué hermoso es tu corazón y qué magnánimo! Permíte que bese tus manos, hijo mío.

Y así lo hizo.

Camal gozó sinceramente, por la conmovedora y expontánea felicitación de aquel hombre en cuyo espíritu jamás se había acurrucado la adulación como víbora oculta para triunfar en sus intentos.

—¿Te complace mi determinación?

—De verdad, si; repuso el consejero: Sabia y prudente es tu resolución; pues con la muerte de Yatan, se logran dos cosas: suprimir un rival temible y hacer una justicia ejemplar; y por otra parte perdonas á una inocente, que si es verdad que te procuró un daño profundo, también no es menos cierto que ese daño que tu sufriste fué involuntario por su parte.

Hay otra cosa que en el fondo debes agradecer:—El heroismo de Xthul te dió el triunfo más pronto de lo esperado.

—Ah! Ojalá me hubiera dado la muerte.

—De cualquier manera; pero hay que tener en cuenta que dadas las energías que con su conducta ha revelado, si ella se propone negar los

hechos, hubiese negado hasta la muerte y . . . entonces era seguro el fracaso.

—Eso quizá hubiera sido mejor; pues en tal caso mi muerte habría sido inevitable, segura, y . . . . . ¡cuán preferible es morir con la frente coronada de espinas, miéntras aquí, dentro del pecho, la felicidad nos acaricia; y no mirar engañosas flores en nuestro redor cuando las espinas se clavan en el alma!

¡Oh, juventud! ¿Cómo escuché tu voz cautivadora? ¿Cuál entreguéme á tus caricias de lago apacible, transparente y profundo; pero sin ondas, suficientemente vigorosas para resistir al audaz que se aventura á los pérfidos halagos de tu linfa!

Irguióse, y un algo de los transportes del genio fulguraba en sus ojos y su palabra se hizo rápida y suave como la cauda de una flecha.

Luego con tal desden revelaba su desencanto é indecisiones, como víctima de las peligrosas anestesias, de la indiferencia, que la fisonomía de Chilamaal fué movida por una contracción de desconfianza, murmurando:

—Te desconozco ó no eres como soñaba

Piensa en que no estás llamado á ser víctima, sino verdugo de las pasiones que priven tu independencia.

Nunca un rey debe ser esclavo; la única cadena que no es dado romper es la que te liga con la patria.

Me conmueve y me entristece tu debilidad.

La última frase fué dicha con el ánimo de sacudir aquel espíritu, al cual la desesperación se aproximaba.

Y Camal contestó:—

—Bien puede ser que estés en lo cierto, que no es concebible potencias de atleta con alma moribunda.

Las mismas montañas se desploman cuando la lava cancera sus entrañas.

Procuraré restablecerme . . . .

. . . .

—Hablando de otro asunto, te encargo que comuniques la orden de que Yatan sea apedreado públicamente.

Ahora bien respecto de esa mujer . . . . . .

Y guardó silencio; el consejero comprendió la íntima lucha que libraba Camal y adelantóse observándole.

—Creo que es inculpable esa joven y el mayor castigo que se le puede imponer, es la vida.

¡Perdónala!!

En la fisonomía del joven se reveló el agradecimiento.

—Me place que tú confirmes mi deseo, resuelve su situación y te recomiendo que la alejes de mí, cuidando de su suerte.

—Así lo haré.

—Gracias.

IV.

EN el momento mismo en que el rey dialogaba con su consejero, Yatan hábilmente aprovechaba una de esas casualidades que parecen milagrosas ú ordenadas por algún genio protector.

Ucan, viejo soldado, hipócrita, ambicioso y ladino, hacía la guardia como centinela, en el lugar del patio de la prisión, en donde estaba el fondo de la jaula de Yatan.

Puestos de acuerdo, sigilosamente comenzaron su faena mientras los jefes y soldados se entretenían en contemplar, aunque desde lejos, las fiestas de palacio, quitando los bejucos impregnados de resinas fuertemente endurecidas hasta lograr hacer un agugero por el cual deslizóse Yatan, incendiando luego la prisión, como un lujo de audacia, convencido de su habilidad y del profundo conocimiento que tenía de los secretos escondrijos de la selva, en donde con seguridad no sería encontrado y menos llevando un compañero como Ucan que desde joven había capitaneado grupos de salteadores.

Dirigiéronse hacia el Sur, internándose en la selva apenas iluminada por los débiles rayos de la luna que agonizaba.

. . . .

. . . .

Pasadas algunas horas, las guardias advirtieron la llamarada en una de las jaulas del patio, dándose cuenta de la fuga del centinela y el sacerdote.

Comenzó el sobresalto.

En los afueras de palacio oyóse el ruido de un tumulto.

Las guardias de la prisión y un grupo de curiosos se amotinaba frente al edificio.

—¿Qué ruido es ese?; preguntó el rey.

—No lo sé.

—Salgamos.

—Espera que te avisen.

En ese instante entraron á decirle que la prisión ardía

—¿Y Xthul?, interrogó vivamente.

—Señor, está segura; esa no se fugará; la hemos amarrado á un árbol mientras ordenas su muerte.

La tranquilidad con que aquel hombre hablaba de la muerte de la cautiva, lastimó profundamente al monarca.

—¡Vete!—El guardia inclinado respetuosamente.

—¿Es lo único que ordena el señor?

—Que le quiten á esa mujer las ligaduras y que la custodien sin darle molestia alguna.

—Así se hará.

—Escúchame: ¿y el sacerdote?

El emisario mostró su turbación.

—¿Ha muerto en las llamas?

—No señor.

—¿Y en dónde está?

—Señor, nadie lo sabe.

—¿Cómo así?

—El provocó el incendio anoche ayudado por el centinela Ucan, quien por lo que hemos sabido, fué despreciado por Xthul, y deseando vengarse favoreció los planes de un rival del rey, único en sus amores.

Una bofetada le hubiera producido menos efecto.

—Dile al jefe que venga en seguida, su vida va de por medio.

El soldado salió.

Camal, convulso, sin contenerse, se dirigió inmediatamente á la prisión abrazada por las llamas.

Los guardianes de ella estaban reunidos en la puerta, temerosos por sus vidas.

Como á cincuenta pasos de aquel lugar veíase á Xthul atada á un arbol.

Tal espectáculo lo conmovió profundamente; el rencor iba cediendo su puesto á la compasión y ¡ay! quizá por aquella escala ascendería nuevamente el amor.

Vaciló antes de acercarse. ¿Qué iba á decirla? ¿Qué objeto lo llevaba junto á ella? . . . .

A pesar de estas reflexiones, había un algo superior á su voluntad que lo impulsaba, hasta que dejándose arrastar por su generoso arrebato se dirigió al lugar en donde se encontraba su amada.

Antes de llegar, se detuvo á mirarla.

¡Cuánto había cambiado la infeliz!

¡Cómo un cortísimo invierno de dolor había agostado tan espléndida primavera!

La infamia, con arado de angustia había labrado en su frente los lívidos surcos que parecían invitar á la muerte.

Xthul clavó en el joven la mirada llena de sorpresa; y sus ojos agrandados por inmensas ojeras produjéronle á Camal una dolorosa emoción de espanto y de tristeza; después como si en ellos se hubiera corrido un velo, fueron tomando una expresión de dulzura é indiferencia infinitas.

Sus labios lívidos como bordes de azucena repetían estas palabras:

—Camal, amor mío, no me abandones, mátame, no me castigues de este modo.

El joven no sospechó lo que realmente ocurría; se acercó á ella, le quitó las ligaduras y le dijo con inmensa ternura.

—Eres libre, vete y sé feliz.

Xthul, sin moverse del lugar donde estaba, le miró, fijando en él la pupila inmóvil como un lago y triste como la penumbra vespertina. No parecía conocerle.

Después, acariciándose los brazos enflaquecidos, le dijo tristemente:

—Mira cómo me has puesto!

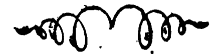
—Perdóname, he sido cruel, un malvado contigo, olvídalo, te lo ruego.

Hubo en los ojos de la infeliz una fulguración momentánea.

—Perdonarte? Ah! ¡imposible, infame! Tú me arrebataste á mi Camal, por tí perdí su amor. ¿Cómo te atreves miserable á venir y decirme que te perdone? . . . . . Y se puso á sollozar.

Camal sintió que se moría. . . . .

. . . . . Todo lo había comprendido: Xthul estaba loca.



TERCERA PARTE.

I.

LA reorganización del reino absorvía por completo el espíritu del rey.

El impulso inicial acrecía progresivamente; se laboraba sin descanso.

Había trascurrido un mes de la fuga de Yatan, y á pesar de todas las pesquisas hechas no se había logrado obtener ninguna noticia.

Camal no se preocupaba, resolvió castigarlo si alguna vez cometía la audacia de volver á sus dominios.

Xthul había mejorado notablemente; los delicados cuidados que la prodigaban, le proporcionaron una franca convalescencia, tanto para el cuerpo como para el alma.

Camal no había escusado imposición ó caricia por restablecerla.

Ella por tal conducta adoraba al joven con todas las fuerzas de su alma. Ante una generosidad tan rara, tan singular, llegó Xthul á tener el convencimiento de que el Dios protector de sus antepasados se había encarnado en el cuerpo de Camal.

Este la amaba, la adoraba tiernamente.

¡Cuántas veces á solas rodáronsele las lágrimas, pensando en el abismo que la desgracia había colocado entre los dos! . . . .

¡No sería suya; pero la haría mucho bien!

Cierta vez Xthul, desbordante de gratitud por las delicadezas de su bien amado, le tomó á este una mano para besársela, él se abandonó á la espontánea caricia diciéndole sonriente, con esa sonrisa que es ciertas veces lujoso cortinaje con el cual las almas fuertes velan el dolor que les provocan sus incógnitas heridas:

—Me complace tu ternura, eres mi hija; la fatalidad, como fiera sin entrañas te ha perseguido, los dioses me ordenan que te cuide y ya ves, que obedezco con gusto sus mandatos.

Y cual de distintas venas que comunican con la misma fuente, de los ojos de los jóvenes se desbordaron las lágrimas.

Ah! como los arboles plantados en los cementerios cuyas raices se nutren con la muerte, así aquel amor cuya raíz se abrazaba en el cadáver de una esperanza, extendía nuevamente sus ramas y alguna vez, quizas, recibiría los nidos. Para esto solo faltaba que una ráfaga de olvido sacudiera las frondas. . . . .

Por otra parte, á Chilamaal preocupábale hondamente, la ignorancia absoluta que existía respecto al paradero del sacerdote; juzgaba imposible

que este abandonara á su anciana madre, quien vivía entre ellos.

Logró que Camal hiciera comparecer á Xlool, madre de Yatan, con el objeto de averiguar el sitio en que éste se encontraba. Fué inútil. La madre, como era de esperarse, á pesar de la exquisita habilidad del consejero en sus inquisiciones no reveló lo más mínimo.

El rey ordenó, por indicación de Chilamaal, que la anciana fuese vigilada sin imponérsele molestia alguna, menos la de no consentirle que abandonase la población.

El consejero previó que Yatan podría presentarse de un momento á otro; puesto que dos cosas igualmente importantes había dejado en aquel lugar: el mando y la madre; suponiendo que el retorno era seguro, si por acaso había logrado la alianza con los reyes de las próximas fronteras.

Comunicó sus sospechas al rey.

Lo cierto era que la previsión no lo engañaba.

Yatan estaba triplemente herido: en su orgullo de mandatario, en su vanidad de hombre acusado y despreciado por Xthul y en su afecto de hijo; puesto que no sabía cual era la suerte de su pobre madre.

La ambición de Ucan encendía la hoguera en la que ardían las cobardes, pero inmensas ambiciones del sacerdote.

El problema estaba resuelto; Yatan se captaría

la estimación y alianza de los reyes vecinos, y en el ataque al reino de Camal sería el director; pero á distancia. Ucan tendría el mando directo.

Sí; volverían, triunfarían, y . . . . . ¡entónces con qué placer iban á saborear la venganza!

Yatan perfectamente sabía que su compañero era desleal, sin conciencia, que vivía á caza de aventuras, cualquiera que fuese su tamaño ú objeto; pero en esas circunstancias le era indispensable, ninguno más á propósito para sus proyectos.

Por lo demás; si el triunfo se aseguraba, ya practicaría la manera más discreta de librarse de él; mientras tanto lo que interesaba era que Ucan estuviese á sus órdenes y que le obedeciera ciegamente.

Ucan estaba identificado con los propósitos de Yatan, cuando menos así lo parecía y el augur confiaba.

Este, con toda actividad púsose en contacto con los jefes fronterizos, les inspiró mortal antipatía contra Camal, haciéndolo aparecer como un usurpador criminal, sin respeto alguno á los agenos derechos ni á los pactos de amistad establecidos; como un audaz avieso, y resuelto á dominar por la fuerza y á proceder á un exterminio sin ejemplo.

Y como efectivamente habían sufrido una derrota alguna vez por las fuerzas mandadas por Camal, dieron crédito á las palabras de Yatan y siguiendo sus consejos dispusieronse atacar la

joven monarca en sus dominios, no sin antes robustecer sus elementos de guerra para que así los resultados fueran indudablemente victoriosos.

Una vez que la resolución del ataque fué definitiva, Yatan les aconsejó que las fuerzas pusiéranse á las órdenes de Ucan, por ser el más conocedor de la topografía del lugar y porque aseguraba, que en caso de una derrota, lo que no era de esperarse, fácilmente los ocultaría de las más hábiles persecusiones; puesto que eran lugares de los que conocía los más ocultos escondrijos.

El sacerdote dirijiría á Ucan desde un lugar convenido.

Hiciéronse los preparativos tomándose toda clase de precauciones.

Asi que el augur se convenció de que su voz se tenía como autorizada y su consejo era seguido, se ocupó tan solo de precipitar los acontecimientos.

En breves días un numeroso cuerpo de combatientes púsose á las órdenes de Ucan.

Emprendiose la marcha con la mayor reserva, dividiéndose el ejército en pequeños grupos para eludir toda sospecha y evitar por parte de Camal una vigorosa defensa anticipadamente preparada.

Camal, desoyendo las previsoras indicaciones del consejero, atribuyéndolas más á un exceso de celo que á motivos fundados, preocupábase muy poco del asunto, sabiendo y confiando en que llegado el momento, los suyos tenían una sola volun-

tad para levantarse en masa, obedientes á su reclamo . . . . .

Siempre el entusiasmo de la juventud exuberante y ardorosa, vela irreflexiblemente los nublados del desengaño ó las fúnebres realidades de la experiencia y con las alas del anhelo cree poder llegar á las más inverosímiles alturas.

Esperaría tranquilo; ¡qué le importaba el prófugo!

. . . .

. . . .

Yatan forzaba la marcha, apenas si le faltaban ocho horas de camino para llegar hasta el palacio mismo.

Despuntaba la aurora y resolvieron descansar para seguir la marcha en la tarde y así llegar en la mitad de la noche y aprovecharse del abandono.

¡La previsión de Chilamaal los salvaría!

Desde una distacnia de diez leguas estaban apostados centinelas para vigilar constantemente los caminos, hasta tanto supiérase de una manera definitiva el lugar en que Yatan se encontraba.

Estos anunciaron la proximidad del ejército enemigo.

Los grandes peligros son rápidos para comunicarse, tal parece que llueven inundando una extensión.

Camal, antes de partir acercóse á la habitación de Xthul, quien asomada á una puerta bañaba su espíritu en el lago de esmeralda que hacía el llano

perdiéndose en el horizonte; entretenida en ver pasar el nervioso carnaval de luz y colores que esplenden las mariposas en sus alas; y á las aves que al agitar su vuelo parecían manos que llamaban invitando á un viaje.

La salud volvía trayéndole á su reina los más delicados presentes de belleza.

Unos segundos la contempló Camal, con muda é intensa delectación; pero el tiempo era apremante y sintió romper el éxtasis saludable cuya felicidad reflejaba la joven en la inefable sonrisa.

—Xthul, vengo á despedirme de tí.

Ella, volvió la cara sorprendida.

—Adonde vas?

—Me llama el deber.

El presentimiento como una ave negra cruzó por el espíritu de Xthul.

—¿Pero adonde? Te ruego consientas que te acompañe.

—Es imposible que me sigas.

—Ah! ¡vas á la guerra!

—Voy á la guerra, respondiole el joven serenamente:

—Iré contigo.

—Nó; pero si los dioses me ayudan, volveré por tí . . . . . . no hay tiempo que perder, el enemigo está próximo. Adios.

—¡Malditos sean tus enemigos!

—Yatan es quien se digna visitarme.

La joven bajó los ojos preñados de lágrimas de verguenza y de dolor.

¡Sí; aquel hombre era un castigo que el cielo le imponía para despedazarle toda felicidad!

Después de un breve silencio, Camal sin poderse contener, por primera vez, después de mucho tiempo, le tomó la mano, dejándole en el ósculo que le diera, toda la infinita ternura de su alma.

Xthul, agradecida, nerviosamente abrazó á Camal cubriéndolo de besos.

Y en la suprema placidez de aquella mañana lúminosa, en los altares del amor y la desgracia entonáronse los delicados salmos de los besos, los ritmos del cariño mezclados á las invocadoras plegarias de la amargura.

Deshecho el lazo y sin decir una palabra, Camal abandonó la habitación.

Xthul, volvió á la puerta en la que antes estuviera asomada.

El silencioso murmullo de las ramas avivaba el inmediato é inefable recuerdo de las caricias recibidas; pero cuanto más gozaba con ellas, más indigna se juzgaba de aquel hombre á quien solo peligros é inquietudes proporcionaba.

Tres horas después de haber recibido la noticia de la llegada del enemigo, Camal partía al encuentro.

....

....

¡Ah! . . . . . ¡Cómo cabe el infinito en los segundos del dolor supremo!

Xthul, no pensaba, no sabía que hacer, sufría, sufría solamente.

¡Cómo la muerte no le arrancó la vida, antes de que Yatan la conociera!

¡Cómo no se murió en la prisión!

¡Cómo la luz había vuelto á su cerebro solo para iluminar más vivamente su desgracia!

Y cada vez que el destino, por ella, apretaba el corazón de Camal, como celdilla de sagrada colmena destilaba la miel de su inagotable munificencia.

Esperanzas y felicidad había perdido por Xthul y . . . . acaso perdería la vida.

La joven pensó:—Ahora me toca expenerme por él, pagarle aún cuando sea mezquinamente el saldo inmenso de las bondades que le debo. Y rápida abandonó aquel lugar, llamando á todos los que creía pudieran informarla con precisión de los hechos.

Al asomarse á la puerta del palacio, un pequeño grupo de gente que acaba de reunirse se disponía á partir; con general asombro fué escuchado el deseo de la joven de ir con ellos al combate; al principio se opusieron, mas luego convenciéronse por súplicas y la obstinación que ella les manifestaba. Un experto señaló un rumbo más próximo. Tomaron ese camino en lo más intrincado del bosque.

En el trayecto ella misma inoculaba valor á los descontentos ó fatigados. Comprendió que su misión era la de encender los ánimos; cualquier elemento en favor de la causa concurriría á hacer más eficaces los proyectos de su amado.

Y una mujer cuya abnegación usurpa el puesto del soldado que solo pertenece al hombre, es un reto á las energías latentes y aún á la misma cobardía.

Poco á poco convenciéronse que esa muchacha era un tesoro; para cada fatiga tenía una frase de valor; para cada desesperanza un consuelo y para cada duda una esperanza.

Antes que el otro grupo de combatientes llegaron al lugar designado para la cita. Era una hondonada desde la cual no se distinguía el camino de tránsito.

¿Se habrían visto obligados á seguir? No; no se encontraba en ningún arbol la señal convenida. A Xthul se le llenó el corazón de alegría. Aún era tiempo de ejecutar sus proyectos . . . . .

....

Avanzaron rápidamente; pero antes de caminar una legua, vieron acercarse á ellos, desarmados, en fuga, á cuatro individuos que al darse cuenta de la proximidad de la guerrilla que avanzaba hicieron señal amistosa entre ellos convenida: eran soldados de Camal . . . Produjo esto una dolorosa decepción. ¿Qué habría sucedido? Xthul se puso lívida.

Al llegar los forajidos supieron que Camal había sido derrotado por Ucan; que ya era prisionero de los enemigos y que quizá en ese momento habría muerto.

Fué tal el desaliento que produjo la narración de los hechos, que no faltó quien propusiera regresar ya que el refuerzo que llevaban sobre ser inútil, no iba á servir para otra cosa que para aumentar el botin de los vencedores.

Xthul se opuso enérgicamente, les hizo ver, con el inspirado lenguaje que da la fé en el porvenir, que todo desaliento era criminal, que lo que iba á defenderse era á la patria y que por ella se debía morir antes que consentirla hollada por enemiga planta; que no era cierto que el refuerzo por ellos llevado fuese inútil, puesto que no hay elemento débil cuando oportunamente se proporciona; pues una chispa sola basta para provocar á veces un incendio.

Ordenó á los prófugos marcharan en seguida para la ciudad, diciéndoles:

—Haced que la vieja Xlool, que vive detrás del palacio y que es la madre de Yatan, sea aprendida, escondiéndola cuidadosamente. En este momento para nosotros es una arma terrible contra Yatan.

Discretísima y aprobada por todos fué la resolución.

Ella prosiguió: Seguid mi consejo, vosotros quedaréis repartidos en la maleza, mientras yo

voy á encontrarme con Yatan . . . . . ¿quién se atreve á acompañarme? . . . . . ¡Era una locura! Ella insistió:—¡Dejadme, sola ó con vosotros pereceré defendiendo á Camal que en este momento es la patria amenazada!

Y el amor que siempre es un heroísmo que lucha no desdeñaba aquel nuevo campo de combate. En el fondo no era la patria la que le importaba, sino Camal, sabía lo que era conveniente callar; por eso invocaba á la patria solamente.

Al fin, Coyí acaso el más joven, enamorado del valor de Xthul se decidió á seguirla. Partieron.

Después distribuyóse el grupo, pronto á reunirse á una señal convenida.

Pasadas algunas horas de camino fueron sorprendidos por una avanzada dirijida por Ucan; este al ver á la joven, sintió la dolorosa satisfacción de ver próximo el codiciado tesoro, al propio tiempo que expuesto á una audacia acaso inevitable en las circunstancias por las cuales pasaban. Sin embargo, su viejo y contenido deseo por ella, lo llevó á este pensamiento:—¡Será mía! —Amarradlos, dijo Ucan, hasta que yo sepa que motivo los trae, después morirán; colocadlos de modo que no puedan verse, ni comunicarse entre si, para evitar planes que pueden entorpecer nuestros propósitos.

¡Ah no era ese el motivo por el cual deseaba que estuviesen separados!

Así se hizo, más ellos previsoramente habían convenido imitar con los lábios el silvido de un pájaro para el caso de que se vieran obligados á separarse.

Los cedros y los caobos erguían sus copas sacudiéndolas á las nerviosas caricias del terral, como gigantes que se mezaran los cabellos antes de iniciar la lucha.

Bajo el pálio de esmeralda de las bruñidas frondas, Xthul fué atada de espaldas; á muy corta distancia, pero en sentido opuesto, fué amarrado su joven compañero.

Una vez que á Ucan le comunicaron el cumpliento de la orden, les dijo:

—Dejadme solo con ellos; necesito hacer cuidadosas é interesantes investigaciones. Y por las venas del sátiro se desbordó un torrente de ansiedades calladas y de lascivias ocultas.

Se vería solo con ella, dueño de su vida, aunque no de su voluntad; está, ¡qué le importaba! Estrecharía sus manos; recorrería á su satisfacción todas las cautivadoras morbideces de su cuerpo; sentiría hasta la saciedad la tibieza de su piel, la onda ardorosa y subyugante de su aliento, quemaría todas sus ansias en el volcán abismador de sus rasgados ojos.

Sin embargo no pudo resistir al involuntario temblor de la maldad resuelta y próxima á ejecutarse; pero su voluntad momentáneamente

decaída, sintió el imperioso latigazo de la lujuria, que como contenida con ataduras de seda, siente el perfume de la carne anhelada que entona su epopeya de triunfo.

Aceleró el paso. Nada ni nadie lo detendría.

Estaba al morir la tarde. Los crepúsculos tropicales son idilios espléndidos de suprema poesía.

Un aliento tibio y murmurador ondulaba en las frondas, oreaba nidos y besaba corolas.

Cada rama era exubera promesa de hojas arrolladas y corolas entreabiertas.

Guirnaldas y cesped parecían concursos, batallas de colores y, perfumes. Las aves como una muestra de respeto al sol que se alejaba, silenciosamente se entretenían en recontar las plumas de sus alas con las puntas lustrosas de sus picos.

Xthul estaba casi desvanecida de fatiga por el cansancio y el sol. Oyó pasos detrás del arbol é hizo un esfuerzo por volver la cara hasta donde las ligaduras se lo consintieron. Ucan llegaba colocándose delante de ella.

Era repugnante: bajo de cuerpo y alma, revelando esa asquerosa desfachatez propia de los seres acanallados y desposeídos de todo respeto.... Sintiose feliz! . . . . Nadie podría disputarle la victoria, solo con ella y sin que pudiese oponer esfuerzo alguno.

Y como el ladrón que está convencido de la impunidad: la casa abandonada, las arcas abiertas y el tesoro provocando la codicia, así Ucan,

con la cruel satisfacción del triunfo indisputado, miraba á Xthul.

Después acercóse á ella y separó de su rostro un mazo de negra cabellera que le cubría un lado casi por completo, cual si una caricia profunda de la noche hubiese bajado para ocultar un tanto la belleza luminosa y magnífica de aquel rostro de aurora y primavera.

Despues comenzó:

—Quieres ser libre?

—Debes suponerlo.

—Y qué me darás en cambio de la libertad que te ofrezco?

—Todo lo que tengo: mi agradecimiento; dijo la joven dibujándose en sus lábios una conmovedora sonrisa.

Ucan, acaricióle el rostro:

—Tienes algo más, por lo cual haría el cambio gustoso, y deslizó una mano sobre el seno de la cautiva por cuyo cuerpo culebreó ese temblor asesino provocado por los vahos que brotan de las simas de la maldad ó de las entrañas mismas del infierno.

¡Todo lo comprendió Xthul!

—Los hombres no cometen cobardías, si quieres conocer mi voluntad, déjame en posibilidad de defenderla; así afirmación ó negativa son iguales si no eres honrado en tu proceder.

—Seré como quieras, bondadoso ó perverso, depende de tí.

—¿Qué deseas?

—Que seas mía.

Comprendió que contrariar los intentos de aquel hombre era tanto como arrojar más combustible á la encendida hoguera y Ucan perdería hasta el último vestigio de respeto á la debilidad de su sexo.

—Está bien, pero antes dime ¿en donde está Camal?

—Mañana morirá; Yatan lo ha resuelto así.

—Y Yatan en donde está?

—A un cuarto de legua de aquí, guarecido en la cueva del cenote que está cerca del único ceibo del camino. Camal está muy cerca de él.

Xthul sintió una desesperación infinita, recordó la señal convenida con su compañero de viaje, para el instante de peligro y lanzó un agudo é intenso silvido.

—Qué haces? interrogó Ucan.

—Recordando las aves de palacio. Te agradecería me aflojaces siquiera las ligaduras.

—Sabes la condición; y por última vez quiero interrogarte: ¿consientes? Y antes de que Xthul le respondiera, rasgó la manta que le cubría los senos, los cuales se ostentaron altivos, duros, erectos; eran un reto de juventud avasalladora á la pasión más desenfrenada.

Quitóle las ligaduras de los pies habiéndola antes asegurado por la cintura, dejándole libres las piernas.

Ucan, en medio de su salvaje proyecto tenía

la gozosa contemplación del artista ante el modelo soñado, al propio tiempo que una ola de fuego bañaba todo su ser; era el macho vigoroso y contenido que sufría los imprescindibles aguijones de la carne, con la proximidad de la hembra deseada y perseguida.

Arrancó el lienzo que la cubría desde la cintura, pasando suavemente la mano por el triangulo sobre el cual descansaba aquel vientre, que muda, pero elocuentemente reclamaba la maternidad.

—Te ruego que me dejes! . . . . .

—¡¡Imposible!! Y acercó sus lábios á los senos que involuntariamente irguieron sus pezones. El juzgó deseo, la inevitable respuesta de la carne que siente á su pesar una inesperada sacudida de los nervios que la ordenan.

—Amame, aunque sea por hoy, después como si no nos hubiéramos conocido.

—No! ¡no! por los dioses, déjame, te lo ruego.

—Qué importa, bien se que eres impura, uno más ¿qué importa?

Las palabras que vertía Ucan despreciando todo decoro y todo afecto, como chispas lanzadas por una ebullente lascivia, iban derechas al corazón de Xthul, como dardos vengadores, con crueldad empapados en todos los venenos del martirio. Y mientras así hablaba, sus manos se paseaban y perdían por todas las curvas más

dignas de una escultura y de gozar una suerte más apacible.

A él lo enardecía la fiebre del deseo; á ella la deprimía el cansancio y la fiebre de la impotencia, de la verguenza, de la desesperación.

Dobló la cabeza, como los crucificados que expiran, vencida por un vértigo.

El hinchó las narices convulso, vehemente, enloquecido.

....
....
....
....
....

El joven compañero de Xthul al oir la señal que esta le hiciera, procuró libertarse más á prisa de lo que intentaba desde que viéndose solo comenzó á hacer.

Logró desatarse una mano y en un instante quedó libre. Por unos momentos erró por encontrar el sitio en que estaba la cautiva; entre los arboles y como á cincuenta metros de distantancia sorprendido miró la escena.

Agil y sigiloso se deslizó por la maleza.

No podía equivocarse respecto de las intenciones de Ucan.

Un momento más tarde los hechos hubieran sido inevitables.

Estaba llamado para salvarla y la salvaría.

Ucan en su nerviosidad no se percibió de la

llegada del joven, quien levantando un leño le asestó un certero y formidable golpe en la cabeza. El indio tambaleó, arrojó una bocanada de sangre y cayó muerto á los pies de la joven desfallecida.

En el joven, al contemplar á Xthul, también vibró el deseo; pero el instinto de la conservación le inspiró temor y se apresuró á desligarla para esconderla mientras se le pasaba el accidente y de ese modo pudieran ponerse en salvo. Recogió las vestiduras y dirigióse á un lugar muy apretado de árboles los cuales daban una fresca y deliciosa sombra. Xthul volvió á la vida. Hizo un esfuerzo y rememoró lo acontecido. Estrechó la mano del joven que le contó hasta el detalle último de la muerte de Ucan.

—Ah! entónces ahora me toca ver á Yatan.

—Si no sabemos donde está.

—Yo lo sé; y refirió lo que Ucan en su locura por poseerla le había confesado; y se pusieron en marcha.

A la media hora llegaron al lugar en donde se encontraba la cueva. Ella reconoció el ceibo.

—Aquí debe estar el sacerdote, déjame entrar sola, espérame aquí, si tienes alguna arma dámela. El joven le dió un pedazo de lanza, perfectamente afilada, que ella ocultó bajo sus vestidos.

—Hasta luego. Y resuelta se dirigió á la cueva cuya entrada la recubrían pequeños arbustos.

Yatan estaba tendido en una manta puesta sobre la yerba; al ver á la joven sin duda creyó que era una ilusión de su vista; puesto que con insistencia se pasaba los dedos por los ojos juzgando incierto lo que veía.

Incorporóse y con malísimo ceño la preguntó:

—¿Cómo es que has llegado hasta aquí? Yo soy ahora quien ordena y tú también perecerás.

—Lo sé, mas escúchame que algo muy interesante para tí vengo á revelarte.

—Nada quiero saber.

—Ni de tu madre?

El, sin contenerse:

—De mi madre si.

—Pues bien, su vida depende de tu resolución.

—Cuál?

—Concede la libertad de Camal, que si él muere, ella morirá sin duda.

—Es que llegaré hoy mismo y sabré defenderla.

—Estaba previsto el caso y tu madre está cautiva y oculta.

Yatan se confundió y sabía muy bien que Xthul era veraz.

—Y quién salvará á mi madre?

—Yo misma, te lo juro.

—Y si no cumples tu palabra!

—Te lo juro! Repitió con voz firme.

La disyuntiva era terrible, pero no quedaba otro recurso que ceder.

—Está bien, daré la orden.

—No me iré sin ella.

—¿Exiges?

—No; pero te advierto que á tí es á quien interesa el tiempo, si es que quieres á tu madre; pues si pasa el día de mañana, todo esfuerzo resultará inútil.

—Desconfías?

—La verdad, sí.

—No temes?

—Vine á morir.

Al convencerse de la entereza de la joven, Yatan trazó unos caracteres en una corteza de arbol la cual le extendió.---Toma y sé cumplida. Ella reconoció el salvo conducto.

—Ahora quiero el mío.

—Tienes razón, díjole Yatan, extendiendole el que á ella correspondía.

Xthul fingió sentirse satisfecha.

—No te quejarás de mí, murmuró el sacerdote.

—Te voy á probar que no y abrió los brazos ofreciéndole aquella caricia.

El augur creyó sincero el agradecimiento y la atrajo confiadamente. Ella, con suavidad metió la mano bajo de la ropa apoderándose de la arma, y al decirle: Te juro que salvaré á tu madre, hundióle en el pecho el pedazo de lanza y Yatan cayó sin sentido. Le había partido el corazón que devolvió la muerte con un rojo torrente de

vida que se extendió onduloso por el suelo como una rápida culebra de púrpura.

Xthul estaba satisfecha; pero horrorizada, sudorosa, casi con miedo, contemplando con irremediable curiosidad los últimos movimientos agónicos de su verdugo..

Poco á poco la sangre dejó de salir con tanta fuerza; la respiración se hizo más lenta. Á veces paseabase por el rostro de Yatan un gesto de angustia y de ansiedad, entonces abría inmensamente los párpados como para recoger en la pupila en un solo instante, la luz que habría de faltarle una eternidad.

Más tarde puso los ojos en blanco, hinchósele el torax en un supremo esfuerzo de defensa; contrajo los manos como si entre ellas estrujára á la muerte, y . . . quedóse inmóvil para siempre.

Xthul salió lentamente de la cueva, hollando la movible alfombra de escarlata que se había extendido bajo sus pies.

II.

EL joven compañero que la había esperado, al verla salir sintió viva curiosidad por saber lo ocurrido.

Xthul estaba demudada y acercósele angustiosamente.

—¡Corramos! aprovechemos el tiempo! . . .

—Camal será salvado si no perdemos un minuto y es necesario que así sea. Vamos.

Salieron al camino.

Como á un cuarto de legua encontraron un destacamento que salió con el ánimo de buscar á sus jefes.

Xthul dirigióse á ellos entregándo las órdenes que llevaba.

Luego les dijo:

—Yatan ordena que inmediatamente, Camal comparezca á hablar con él, estoy encargada de conducirlo.

Reconocida que fué la orden de libertad, no había porqué desconfiar de la veracidad de la joven y Xthul fué conducida hasta el lugar en donde Camal se encontraba prisionero.

Solo en su cueva estaba persuadido de que su muerte era inevitable y en su espíritu se reproducían con todo su colorido las escenas más culminantes de su vida.

Precisamente, en aquel instante quería engañarse pensando:—He sido un feliz; mas en trance tan decisivo la realidad no acepta convencionalismos; iba á dejar de ser y entónces tuvo que persuadirse contra todo el coraje de sus energías, que no había sido otra cosa que un infeliz rodeado de circunstancias más ó menos engañosas y atractivas; llegando en sus reflexiones á estas desgarradoras conclusiones: Luché por un amor

y sufrí un desengaño; entonces se murió mi alma; luego luché por la patria y sufrí una derrota, lo justo es que muera mi cuerpo. Sabía resignarse y tranquilizado fijó los ojos en la pared de la cueva negra y húmeda como sepulcro vacío y abandonado.

¡Ese vaho entumecedor de los sótanos tiene algo de los remordimientos y las tristezas ó como si la esencia del dolor se condensara, extendiéndose como un frío sudario en un rincón olvidado y oculto en las entrañas de la tierra!

La naturaleza sugestiona sus estados y ora exhubera, resplandeciente, coqueta, filtra sus alegrías; como también insufla sus tristezas profundas, sus nostalgias de lo bello, cuando lívida ó enlutada se tiende en brazos del crepúsculo, ó se muere en el seno de la noche.

Y el mundo subjetivo, como el exterior, tiene una sonrisa para cada rayo de luz y una lágrima para cada obscuridad.

¡Ay! del momento en que entre los dos mundos se continúa la sombra y al rayo de luz de la Naturaleza responde nuestro yo con una lágrima en las pupilas!

¡Ay! del momento en que el alma á fuerza de sufrir no sabe definir sus emociones y equivoca las lágrimas por las risas y las risas por las lágrimas.

Sí, sí quería morir, pero no encadenado; quería que su muerte fuera como las de los titanes, aplas-

tado por montañas, para luego protestar por el cráter de los volcanes. Quería perecer, pero no inerme sino sintiendo en su agonía los últimos estremecimientos de la lucha.

Parecía tranquilo, con la aparente resignación de los leones encadenados.

El cuadro era digno de la concepción de un artista.

A flor de tierra abríase una boca como de seis metros de diámetro; se desendía por una escalinata tallada en la piedra ó en peldaños de tierra endurecida, hasta llegar al fondo en donde la copa musgosa de la roca, brindaba á los ardores del exterior el inestimable frescor de una corriente subterránea límpida y acariciadora.

El cenote estaba circuido de un barandal de juncos, doblemente amarrado por elásticos bejucos y los verdes lazos de las parásitas, que en curvas de esmeraldas apretaban las irregulares figuras formadas por las cañas del cerco.

En un ángulo del fondo, Camal estaba recostado cuando Xthul llegó.

Al ruido de los guijarros que descendían incorporóse, tranquilo, casi con ansia esperaba el final de aquella situación dudosa, no hecha para su espíritu enamorado de todos los extremos.

Con los ojos fijos en la escalera, esperaba el joven el instante en que descendiera la muerte y no la libertad como Xthul le llevaba.

Al divisar en lo alto de la escalinata que era una mujer la que bajaba, incorporóse asombrado ¿una joven? ¿y en aquel lugar? Era inaudito.

Con la semioscuridad del fondo, Camal no reconoció á su amada sino cuando estuvo muy cerca.

—¿Tú?, ¿Xthul, aquí, cómo has venido? Vete, vete, no expongas tu vida, me matarías de pesar si por mí llegaran á hacerte daño alguno.

—No temas, eres libre, vente conmigo; y le enseñó la orden de Yatan.

Camal palideció al verla pensando que la habría conquistado con el precio de sus caricias y no pudo contener esta frase venenosa.

—Qué poco me quieres cuando compras mi vida con tu carne.

—¡Mátame! . . . . pero no me insultes ó castigues de ese modo.

Ven y te convencerás de lo contrario y nerviosamente tomó la mano de Camal, sacándolo fuera del cenote en cuya entrada las guardias dejaron libre paso al prisionero.

En silencio bajo las frondas, rápidos iban de la mano como una desesperación y una duda.

Jadeantes, frente al ceibo, Xthul creyó oir entre sus hojas el preludio de un cantar funerario ó como si las ramas ensayaran un lenguaje para delatar su crimen, sintió miedo, pero mezclado de satisfacción. Se habían detenido para tomar aliento.

—Entremos, dijo Xthul.

Camal siguió á la joven.

—Míralo, dijo ella, señalando con el dedo el cuerpo de Yatan.

Estaba horrible, sin duda en la agonía habíase revolcado en el fango hecho por su sangre y la tierra de la cueva.

Los coágulos formados en su rostro; el brillo de barniz que tienen las livideces cadavéricas; la opacidad de los ojos, la boca entreabierta; las manos apretadas, todo le daba un aspecto terrible y asqueroso.

Camal cruzó los brazos frente al muerto.

—Ahí le tienes, tu me salvaste la vida, ¿como no hacer esa muerte si ella me aseguraba tu existencia, que vale mucho más que la mía?

Entonces le refirió, en parte, lo que había ocurrido.

Camal no pudo menos que besar respetuosa y amantísimamente los labios pálidos de la joven.

El sacrificio la había dignificado, el amor le había devuelto todos sus perdidos tesoros á los ojos de Camal: Tales eran los milagros de la abnegación.

Aquella muerte infame había devuelto sus castidades á Xthul.

—¿Estás satisfecho?

—Mucho más de lo que pudiera haber soñado, y la abrazó nuevamente cubriéndola de besos, como si aquel cadáver fuese el altar en el que oficiara un genio purificador.

—Serás mi esposa...

Sus osculos eran las promesas de la vida futura.

El olvido del pasado.

La ratificación de un cariño que la desgracia había dejado en suspenso.

La extinción del paréntesis de dolor...

Salieron de la cueva, ella con la conciencia tranquila por el castigo impuesto. El, con el alma preñada de fruiciones deleitosísimas ante aquella prueba de cariño.

Eran otros; pero otros que sentían amarse como nunca.

La felicidad algunas veces llega al desierto; desgraciados los que en él perecen de fatiga y abandono, y felices los que logran olvidar los cansancios en un oasis interminable.

Se habían olvidado de todos los peligros que los rodeaban; mas vuelto Camal á la realidad la dijo:

—Bien, amor mío, ahora pensemos en la situación actual.

—¿Sabes acaso en donde se encuentran mis soldados?

—Muy cerca de aquí.

—Ah! Ucan debe estar haciéndonos mucho daño.

—No, Ucan también ha muerto.

—¡Cómo! ¿En la lucha?

—Coyí lo mató, más tarde te referiré los hechos. Apresuremonos.

Cerca de media hora caminaron en silencio y comenzaron á percibir un murmullo lejano que lentamente fué acentuandose, aligeraron su marcha haciéndose el ruido aquel cada vez más distinto.

Las imprecaciones, alaridos, insultos, denotaban la lucha, eran los suyos, que sin duda se defendían valerosamente,

El, pensó correr hasta encontrarlos; así se lo manifestó á Xthul.

—Se precavido, conoce antes la posición de los combatientes para que sepas el camino que debes tomar, y así te salves de caer en campo enemigo.

---Es verdad; y ágilmente subiose á un cedro fabulosamente elevado, desde el cual pudo contemplar aquel panorama de sangre y exterminio.

Eran unos locos enemigos de la vida; unos fanáticos por la muerte; unos impulsivos por la tumba. Peleaban más por amor al combate que al triunfo, más por la lucha que por el éxito.

Su deseo era aspirar el vaho de la sangre recien vertida y no coronarse las frentes de laureles.

No querián ascensos sino las manos pegajosas por los coágulos que derramaran las venas enemigas.

No pensaban en la muerte.

No tenían conciencia del peligro.

Para que aquel apoteosis de cementerio concluyera haciase necesario que la victoria fuese absoluta.

Camal sintió una angustia infinita. No podía precisar los hechos.

De pronto, en el horizonte de esmeralda de la selva distinguió algo así como una oscura nubecilla que lentamente fué agrandándose, de ella no separaba los ojos ávidos y heróicamente desesperados.

¿Quienes serían? . . . .

Esperó impacientemente. Hizo que Xthul subiera al arbol también; puesto que aquel grupo tomaba la dirección del sitio en que ellos estaban y en el caso de que fueran enemigos peligrarían indudablemente sus vidas.

Así esperaron escondidos entre las ramas.

La nube se agrandaba, se hacía inmensa, venía rápida y arrolladora como una ola gigantesca.

Al cabo de unos instantes distinguíanse aunque confusamente las fisonomías.

Camal creyó ver entre ellos perfiles amigos.

¡Con cuanta devoción sintió una caricia de la esperanza!

No se había engañado. Sobre una improvisada silla de viaje destacábase la interesante figura del viejo consejero.

Camal no pudo contener su desbordante alegría vertida en una sola exclamación.

¡¡Chilamaal!! . . . .

Rápidamente descendieron del árbol, corriendo al encuentro.

En su alegría el joven olvidó el peligro dirigiéndose sin aviso ni señal hacia un ejército dis-

puesto al ataque y en momentos de iniciar la lucha.

Como por milagro, burláronse de las muertes acurrucadas en los pedernales filosos de las flechas, que al pasar muy cerca de ellos les hacían oir el pavoroso ritmo de sus elegias.

Camal fué reconocido.

Chilamaal sintió una dolorosa sorpresa al verlo solo.

Abrasáronse, y después de cruzarse algunas frases, respecto al lugar, número, dificultades, en fin, lo exclusivamente necesario para orientarse y decidir un ataque, siguieron rápidamente el camino para llegar al valle en que Camal había columbrado á los combatientes.

No importaba el lugar ni ejército con el cual se encontraran, iban resueltos á atacar si eran adversarios ó vigorizar las fuerzas si eran amigos,

III.

A LAS dos horas estaban en el corazón del combate.

Chilamaal luchaba con la seguridad y el entusiasmo de un joven que ha ofrecido y está resuelto á llevarle sus laureles á la prometida.

Camal, como de costumbre, impasible, atento de los menores movimientos del enemigo; su ejér-

cito era por muchas razones incomparablemente superior al adversario.

Una hora más tarde, el triunfo se decidía, huyendo despavoridos, lanzando gritos y diseminándose por la selva los contendientes de Camal.

Al convencerse éste de la victoria decisiva, buscó anheloso y pletórica el alma de entusiasmo los ojos de Xthul para leer en ellos el poema de su gloria.

Yá no estaba junto de él . . . .

Como á diez metros pudo verla sostenida por uno de los suyos.

Estaba lívida; pero sonriente, apretándose un brazo con la otra mano, por la cual descendía la sangre de una arteria en rojas cintas, que antes de caer se deshacían en una lluvia de corales.

Yá no había peligro de un nuevo ataque; la tranquilidad del cementerio que en tan poco tiempo había improvisado á sus enemigos, era no promesa, sino la confirmación de su tranquilidad.

Corrió hacia Xthul; cuando llegó á su lado, estaba desfalleciente, pero al verlo, iluminó su rostro con un fulgor de alegría.

Acércate, Camal, bésame en los labios, le dijo amorosamente.

—Si, amor mío.

Y sus almas se enlazaron en aquel beso puro, ideal, infinito: era la mano de Dios la que movía sus bocas, era su aliento el que elevaba al cielo el perfume de aquella caricia. Ella murmuró:

—¡Me muero!

Camal, rasgó su traje para vendar la herida.

¡Imposible!

El rojo manantial no tendría más que un dique: el ataud; y rebelde, constante, incontenible, ahogaba una vida entre sus ondas de púrpura.

—Ven, dijo ella, con voz apenas perceptible, no me abandones ni un instante, mira que te amo con todo mi corazón y nadie, nadie en la vida te podrá querer como te quiero.

Y la sangre con la crueldad de un verdugo enojado aceleraba la muerte.

Sobre el rostro de Xthul rodaron las lágrimas de Camal.

Ella, abrió los ojos llenos de angustiosa ternura y balbució:

—Ay! . . . . por última vez; bésame: y cerró los ojos.

¡Era el momento solemne! . . . .

Camal se inclinó sobre la moribunda, apoyó dulcemente sus lábios sobre la boca exangüe de su adorada y oró sobre ella la adorable y sentidísima plegaria de sus desgracias. . . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Xthul murió . . . .

¡Cuán duro se hace al alma el aceptar ciertas dolorosas realidades!

Camal no la juzgaba muerta; su piel estaba tibia.

¡Era el suave plumón de un nido recién abandonado! . . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Chilamaal, inmóvil, en su alma de niño gigante, sentía la floración de las piedades más hondas.

Camal, enloquecido, deshacía ramos de besos sobre el ámbar de aquella frente amada con el supremo de los amores.

Al ver al consejero Camal lo abrazó sollozando, y después de un instante murmuró estas frases con desgarradora tristeza.

—Yá ves como los dioses no me quieren.

¡Qué huellas más horribles han dejado en mi vida el trono y la victoria; el primero la muerte de la más cautivadora de las esperanzas, la segunda . . . . . la muerte de mi alma.

Para ciertos casos cualquiera reflexión resulta inútil.

Chilamaal, abrumado también no sabía que responder.

¡Ah! con las lágrimas no se discute y hay dolores que no aceptan réplica, y que son como corrientes eléctricas que con la misma intensidad conmueven á todos los que con ellas se ponen en contacto.




Digitized by Google